

Orden De Hermanos Menores



**ENVIADOS
A EVANGELIZAR
EN FRATERNIDAD
Y MINORIDAD
EN LA PARROQUIA**

Subsidio para la pastoral parroquial

*A cargo del
Secretariado general para la Evangelización*

*Curia general OFM
Roma 2009*

ÍNDICE

PRESENTACIÓN.....	5
INTRODUCCIÓN.....	8
1. LA PARROQUIA PORCIÓN DEL PUEBLO DE DIOS.....	11
1. La parroquia en la Iglesia	13
2. Algunos desafíos.....	14
2.1. Contexto socio-cultural y religioso.....	15
2.2. Contexto eclesial.....	16
2.3. Opciones para la renovación de la parroquia.....	17
2. LOS HERMANOS MENORES EN LAS PARROQUIAS.....	21
1. A la luz de la historia.....	23
2. A la luz de situaciones específicas	25
3. A la luz de la legislación de la Orden	27
3. LAS CARACTERÍSTICAS FRANCISCANAS	31
DELA PASTORAL PARROQUIAL	31
1. Testigos y servidores de la Palabra (<i>martyria</i>)	33
1.1. La Fraternidad y la Palabra	33
1.2. La Fraternidad al servicio de la Palabra	37
2. Adoradores en espíritu	42
y verdad con todas las criaturas (<i>liturgia</i>)	42
2.1. Fraternidad eucarística	42
2.2. La Fraternidad evangeliza con la liturgia	45
3. Signos y constructores de comunión (<i>koinonía</i>)	49
3.1. La Fraternidad testimonio de comunión	49
3.2. La Fraternidad al servicio de la comunión	50
4. Contentos entre los pobres	
y promotores de paz (<i>diaconía</i>)	53
4.1. La Fraternidad testimonio de minoridad	54
4.2. Una Fraternidad que sirve en el corazón del mundo.....	55
5. Enviados al mundo entero (<i>missio</i>)	58
5.1. La Fraternidad vive la misión.....	58
5.2. La Fraternidad misionera construye	
la parroquia misionera.....	62

PRESENTACIÓN

Estamos en el 2009, el año del VIII centenario de la fundación de nuestra Orden. Es un evento providencial para vivir con renovado entusiasmo aquello que somos por nacimiento: una Fraternidad-contemplativa-en-misión. De hecho, Francisco nos ha enviado al mundo para anunciar, con la palabra y con las obras, la Buena Noticia. Este mandato también compromete nuestro servicio a la Iglesia local en el ministerio parroquial, con una variada gama de servicios, tanto en Países como en situaciones muy diversas, y con el empeño de un número consistente de Hermanos.

El presente *Subsidio*, “Enviados para evangelizar en fraternidad y minoridad en la parroquia”, que tengo el placer de presentarles, desea ofrecer una ayuda a nuestra Fraternidad universal, pero sobretudo a las Fraternidades que se encuentran presentes y obrando en las parroquias, para realizar esta particular forma de evangelizar según los valores de nuestro carisma, particularmente aquellos de la fraternidad y de la minoridad.

El actual contexto del mundo presenta grandes retos a la evangelización de las parroquias. En el *Subsidio* se hace referencia a los fenómenos de la globalización, de las nuevas tecnologías, de la urbanización, del pluralismo cultural y religioso, los cuales han generando profundos cambios en diversos sectores de la vida personal, de las familias y de las comunidades. Por una parte, dichos retos ofrecen nuevas posibilidades para el anuncio del Evangelio, para la vida eclesial y para la posibilidad de una pastoral más misionera; por otra parte, introducen nuevas y complejas problemáticas, que pueden hacer más complicada la vida social y comunitaria o más difícil la renovación de la pastoral parroquial.

Les toca a las Fraternidades inseridas en las parroquias leer e interpretar los signos de los tiempos en sus contextos y acoger las orientaciones de la Iglesia local respecto a la evangelización en el contexto de la pastoral parroquial. A tal propósito, me permito recordarles lo que

escribí en el Informe para el Capítulo general extraordinario de 2006: «Sin dejar de prestar atención a la acción litúrgica, a la administración de los sacramentos y a las prácticas de devoción, hemos de trabajar para recuperar la centralidad de la fe, motivando a los bautizados a ser agentes activos de evangelización. Sin olvidar a los bautizados comprometidos en la construcción del Reino, hemos de volver nuestra mirada particular a la multitud de bautizados no evangelizados, a las nuevas realidades de nuestro tiempo, a la inmensa movilidad de la gente y al extraordinario fenómeno de la migración. Sin olvidar “las noventa y nueve ovejas del redil”, hemos de salir en busca de “la oveja perdida”, pues también ella es destinataria del Reino» (n. 82).

También deseo subrayar la importancia fundamental, bien evidenciada por el *Subsidio*, de la que está revestida la caracterización franciscana de nuestro modo de evangelizar en las parroquias. En efecto, el problema no es el asumir o no el ministerio parroquial, sino como desempeñarlo como Hermanos Menores. En este sentido, el *Subsidio*, en las reflexiones sobre nuestro modo de estar presentes y de obrar el ministerio parroquial, tiene en cuenta los aspectos específicos de nuestro carisma. Además de indicar las modalidades de esta forma de evangelización en conformidad con nuestra legislación, el texto presenta de manera propositiva - en el capítulo III - las características franciscanas de la pastoral parroquial. En dicho capítulo se ofrece una ayuda práctica sobre la manera de conjugar el servicio parroquial con nuestra vida franciscana y como armonizar las exigencias implícitas del ministerio parroquial con el *propium* del Hermano Menor. Dicha contribución se articula en cinco dimensiones, a saber: la escucha-testimonio de la Palabra (*martyria*), la celebración (*liturgia*), la comunión (*koinonía*), el servicio (*diaconía*) y el impulso misionero (*missio*). Para cada dimensión son claramente recordadas las dos vías por recorrer para una eficaz acción pastoral: aquella del testimonio de la vida, personal y comunitaria, y aquella de las diversas actividades pastorales puestas en obra.

Finalmente, os invito a poner especial atención en lo que se dice en la *Introducción* a propósito de la recepción activa y creativa del *Subsidio*. Las realidades parroquiales en las que vivimos y obramos, son tan distintas y diversas que un texto previsto para toda la Orden no puede ciertamente comprender todas ni puede ir al encuentro de todas las experiencias locales. De aquí la necesidad de acoger el *Subsidio* como un instrumento para reflexionar personalmente y en comunidad, para

revisar juntos la manera de desempeñar el ministerio de evangelizar en las parroquias, de tal manera que podamos ser fieles a nuestro carisma y al mismo tiempo responder a las expectativas de nuestras comunidades eclesiales.

Agradezco de corazón a los miembros de la Comisión nominada por el Definitorio general, que ha ayudado al Secretariado general para la Evangelización en la elaboración de este Subsidio. Por tanto, mi sincero gracias a Fr. Fernando Uribe, Fr. Hans-Georg Löffler, Fr. Ivan Sarcevic, Fr. Lawrence Hayes, Fr. Vito Bracone. También mi agradecimiento a Fr. Massimo Tedoldi por la primera redacción en italiano, y a Fr. Luigi Perugini por la revisión definitiva del texto y por haber cuidado todos los detalles técnicos para la publicación.

El Padre de las misericordias, que ha enviado a su Hijo al mundo para ser su Evangelio y al Espíritu Santo para animar a la Iglesia en su vocación y misión evangelizadora, por intercesión de María Santísima, hecha Iglesia, y de san Francisco, Heraldo del gran Rey, bendiga a todos los Hermanos que trabajan en las parroquias y haga fecundo su servicio en las Iglesias locales.

Roma, 6 de enero de 2009
Epifanía del Señor

Fr. José Rodríguez Carballo, ofm
Ministro general

INTRODUCCIÓN

El documento del Capítulo general de 1997, tratando de los aspectos de la evangelización, invitó al Definitorio general a que suscitara un estudio y una revisión de nuestra presencia en la pastoral parroquial y, para reflexionar, de manera particular, sobre el “estilo” de nuestro modo de actuar en las parroquias, individuando nuevas formas y nuevos métodos de evangelización, en comunión con la Iglesia local y en fidelidad a nuestro carisma¹.

Para obtemperar a cuanto fue mandado por el Capítulo, el Definitorio general nombró una Comisión internacional, que se ha ocupado de recoger los datos de todas las Entidades y, en base al abundante material recibido, ha elaborado un estudio sobre la actual praxis evangelizadora *ad usum* del Definitorio general.

Ese fue el primer paso. De hecho, el Ministro general, en su relación al Capítulo general del 2003, observaba: «nos espera un largo camino, tanto para revisar nuestra presencia en las parroquias como para indicar nuevas formas y nuevos modos de presencia y de actividades. Por tanto, estamos y estaremos todos implicados en este proceso a fin de determinar juntos estrategias, modos y caminos para ofrecer al pueblo de Dios y a los hombres de hoy un servicio generoso y eficaz acorde con nuestra forma de vida»².

Para concretizar este largo y complejo proceso y favorecer una “nueva mentalidad”, el Consejo internacional para la Evangelización, en la reunión del año 2004, propuso la elaboración de un *Subsidio de animación de la pastoral parroquial*. El Definitorio general aprobó la sugerencia del Consejo y nombró una Comisión que le ayudara al

1 Cf. *De la memoria a la profecía: Orientaciones y propuestas*, Documento del Capítulo general 1997, n. 14; cf. también las *Prioridades para el sexenio 1997-2003*, 1998, 4; *El Señor os dé la paz*, Propuestas, 19, Documento del Capítulo general 2003; *OFM. Prioritates 2003-2009. Seguidores de Cristo al servicio de un mundo fraterno*, 2004, 4.

2 G. Bini, *Vocavit nos Deus ut eamus per mundum*, Informe al Capítulo general 2003, pp. 19-20.

Secretario general para la Evangelización (SGE) en la elaboración del subsidio. La Comisión se reunió en varias ocasiones para cumplir con la tarea encomendada.

Después de una larga gestación, finalmente fue completado el *Subsidio*. Por una parte se tuvieron en cuenta los documentos recientes de la Orden sobre la Evangelización, sobre todo el documento *Llenad la tierra con el Evangelio de Cristo* de 1996, y por otra al gran número de Hermanos que viven y trabajan en las parroquias, en países y situaciones frecuentemente muy diversas. El *Subsidio* pretende ofrecer una serie de elementos de reflexión, puntos para enriquecer las motivaciones del servicio y para reemprender la fecunda inspiración originaria. La finalidad del *Subsidio* es prácticamente el de ayudar a los Hermanos a desempeñar este “tradicional” ministerio de evangelización, según el carisma franciscano, sin olvidar nunca que los Hermanos Menores han sido enviados al mundo entero «para que de palabra y con las obras deis testimonio de su voz y hagáis saber a todos que no hay omnipotente sino él» (CtaO 9).

El *Subsidio* comprende tres capítulos. En el *primero* se toma en examen la realidad misma de la parroquia, considerada como porción del Pueblo de Dios, en su dimensión estratégica de acercamiento a la gente y en su estructuración canónica como elección obrada por la Iglesia. En el *segundo* la parroquia es examinada al interno de nuestra Orden de Hermanos Menores: un mirada rápida a la atormentada historia que ha caracterizado el binomio Hermanos-parroquia; una reseña de la multiforme tipología de parroquias atendidas actualmente por nuestros Hermanos; una necesaria atención a la legislación vigente sobre nuestro tema. Finalmente, en el *tercer* capítulo, el *Subsidio* presenta de manera propositiva las características franciscanas de la pastoral parroquial y, por tanto, ofrece una ayuda práctica sobre la manera de conjugar el servicio parroquial con nuestra vida franciscana y maneras de armonizar las exigencias implícitas del ministerio parroquial con el *proprium* del Hermano Menor. Y esta contribución se articula en cinco dimensiones: la escucha-testimonio de la Palabra (*martyria*), la celebración (*liturgia*), la comunión (*koinonía*), el servicio (*diaconía*) y el impulso misionero (*missio*).

Después de cada capítulo se han insertado sugerencias para la profundización personal y comunitaria, reteniendo esto como algo fundamental para una creativa acogida del *Subsidio*. En efecto, no se trata solamente de leerlo o estudiarlo para valorar la validez del contenido

ni tampoco para aplicarlo directamente a cada situación. Se requiere que sobre todo se confronten los puntos de reflexión y las motivaciones ofrecidas por el *Subsidio* con la realidad concreta de la parroquia, a nosotros confiada, y con la experiencia del ministerio pastoral desempeñado en ella.

Por último, el Secretario general para la Evangelización, espera que el *Subsidio* se constituya en un estímulo más, en sintonía con la celebración de la gracia de los orígenes, para asumir el ministerio pastoral en las parroquias como un lugar y una forma de evangelización según el *estilo* franciscano, en fraternidad y en minoridad, en comunión con la Iglesia y en respuesta a las exigencias de nuestro tiempo.

Fr. Nestor Inacio Schwerz, ofm
Secretario general para la Evangelización

1

ENVIADOS A EVANGELIZAR
EN FRATERNIDAD Y MINORIDAD
EN LA PARROQUIA

LA PARROQUIA PORCIÓN DEL PUEBLO DE DIOS

En este capítulo primero viene descrita la realidad misma de la parroquia: como ha sido presentada por la fecunda reflexión post-conciliar; cuales son los desafíos actuales que surgen del complejo contexto socio-cultural y eclesial; en fin, vienen indicadas algunas opciones para la renovación de la pastoral parroquial.

1. La parroquia en la Iglesia

«La parroquia es una determinada comunidad de fieles constituida de modo estable en la Iglesia particular, cuya cura pastoral, bajo la autoridad del Obispo diocesano, se encomienda a un párroco, como su pastor propio»³. La parroquia, según la descripción del Código de Derecho Canónico, es una porción de la Diócesis, que, a su vez, es una parte «del Pueblo de Dios que se confía a un obispo para que la apaciente con la colaboración de su presbiterio. Así, unida a un pastor, que la reúne con el Espíritu Santo por medio del Evangelio y la Eucaristía, constituye una Iglesia particular. En ella está verdaderamente presente y actúa la Iglesia de Cristo una, santa, católica y apostólica»⁴.

El reciente magisterio de la Iglesia, que mana de la “visión” de la Iglesia del Concilio Vaticano II⁵, ha evidenciado aspectos significativos de la realidad de la parroquia y de la compleja dinámica de una pastoral que debe ser adaptada según los tiempos y lugares, para responder fielmente al Evangelio y al hombre.

Las profundizaciones desarrolladas en este sentido se refieren a las siguientes perspectivas:

- *Relación entre parroquia e Iglesia particular.* La parroquia constituye una articulación de la Iglesia particular, mejor dicho es «el núcleo fundamental en la vida cotidiana de la diócesis»⁶.
- *Parroquia Como comunidad de fieles.* Según la Exhortación apostólica de 1988, *Christifideles Laici*, la parroquia «no es principalmente una estructura, un territorio,... es sobre todo «la familia de Dios, como una fraternidad animada por el Espíritu de unidad»,... «está fundada sobre una realidad teológica, porque ella es una *comunidad eucarística... una comunidad de fe y una comunidad orgánica...* en la que el párroco —que representa al Obispo diocesano— es el vínculo jerárquico con toda la Iglesia particular». La parroquia, por

3 Código de Derecho Canónico, can. 515 § 1.

4 *Christus Dominus*, Decreto del Concilio Vaticano II sobre la función pastoral de los obispos en la Iglesia, 1965, 11.

5 Cf. *Lumen Gentium*, Constitución dogmática sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II, 1964, en particular los capítulos 1.2.5.7.8.

6 Juan Pablo II, *Pastoris Gregis*, Exhortación apostólica postsinodal, 2003, 45.

tanto, es la localización de la Iglesia, es «la misma *Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas*»⁷.

- *Parroquia como opción pastoral.* Precisamente porque la parroquia es la localización de la Iglesia particular, el lugar donde los fieles pueden hacer una experiencia concreta de Iglesia, ella es una opción histórica de la Iglesia, es una elección pastoral, para dar, en muchos y diversos modos, forma al Evangelio en el corazón mismo de la existencia humana⁸.
- *La parroquia como presencia de acercamiento a los fieles.* Según el Documento de la 3ª Asamblea del Episcopado latinoamericano, la parroquia, en cierto modo «realiza una función integral de Iglesia, ya que acompaña a las personas y familias a lo largo de su existencia, en la educación y en el crecimiento de su fe. Es centro de coordinación y de animación de comunidades, de grupos y movimientos. Aquí se abre más el horizonte de comunión y participación. La celebración de la Eucaristía y demás sacramentos hace presente, de modo más claro, la globalidad de la Iglesia... La parroquia viene a ser para el cristiano el lugar de encuentro, de fraterna comunicación de personas y de bienes, superando las limitaciones propias de las pequeñas comunidades. En la parroquia se asumen, de hecho, una serie de servicios que no están al alcance de las comunidades menores, sobre todo en la dimensión misionera y en la promoción de la dignidad de la persona humana, llegando así a los migrantes más o menos estables, a los marginados, a los alejados, a los no creyentes y, en general, a los más necesitados»⁹.

2. Algunos desafíos

La parroquia, en cuanto que es una célula de la Iglesia particular, tiene la tarea de encarnar el mensaje evangélico y poner a disposición de todos, la sobreabundante riqueza de los “bienes” de la salvación que Cristo confió a la Iglesia. La parroquia, por lo tanto, debe de tener siempre presente una doble fidelidad: al Evangelio de Cristo, siempre de ser descubierto en su inagotable riqueza; al destinatario a quien se lo propone, que recorre la nada fácil “vía” de la historia actual. Faltar a

7 Juan Pablo II, *Christifideles Laici*, Exhortación apostólica postsinodal, 1999, 41.

8 Juan Pablo II, *Ecclesia in America*, Exhortación apostólica postsinodal, 1999, 41.

9 *Documento de Puebla*, III Asamblea del Episcopado Latinoamericano, 1979, 644

esta doble fidelidad significaría presentarse a los hombres de hoy con las manos vacías o no saber a quien donarle la Buena Noticia.

Precisamente para destacar la absoluta necesidad de parte de la parroquia de conocer *el destinatario*, se ofrece una síntesis del actual contexto socio-cultural y religioso. De hecho, solamente conociendo a la humanidad contemporánea, con todas sus grandes potencialidades y con las complejas problemáticas, se puede dialogar con ella de manera eficaz, y se le pueden ofrecer los bienes de los que entiende ser cuidadosa administradora.

2.1. CONTEXTO SOCIO-CULTURAL Y RELIGIOSO

El actual contexto socio-cultural y religioso se caracteriza particularmente por los siguientes fenómenos:

- *La globalización y las nuevas tecnologías.* Por una parte el mundo se ha convertido en una *aldea global*, con una extremada facilidad de comunicaciones, de producción, de circulación de productos e informaciones, por otra parte el mundo posee el aspecto de un “*mercado*” *global*, con marginación y exclusión social de multitud de personas, generando de esta manera una holeada inmensa de migración. Debido a una avalancha de mensajes contrastantes que dicho fenómeno pone en circulación, la globalización termina por tener un impacto muchas veces tremendo e impactante sobre la mentalidad, la ética, sobre las relaciones con la creación, sobre las relaciones entre las personas e incluso sobre la vida familiar. Sin embargo, en contraste con esas realidades, se está haciendo viable la tendencia a encerrarse en el propio “mercado” y en la propia “aldea”. Pero tal reacción termina por generar fragmentación y guetos, así como formas excesivas de individualismo¹⁰.

Pero la globalización representa un desafío para la parroquia. En efecto, si es verdad que ella es la localización de la Iglesia, también es verdad que es interpelada a convertirse en un “lugar” de acogida y de hospitalidad y a mantener una respiración “universal” – y para nosotros (Franciscanos) el claustro es el mundo entero – hasta abrazar los problemas y las exigencias de la gran familia humana¹¹.

- *La urbanización.* La concentración de personas, sobre todo en las grandes periferias, conduce a una despersonalización, a una falta

10 Juan Pablo II, *Ecclesia in Asia*, Exhortación apostólica postsinodal, 1999, 39.

11 Cf. Juan Pablo II, *Ecclesia in Europa*, Exhortación apostólica postsinodal, 2003, 100.

de puntos de referencia. La penuria de los espacios y de contactos con la naturaleza daña el equilibrio personal y comunitario. La contaminación atmosférica, tanto auditiva como visiva son frecuentemente la parte externa de contaminaciones más profundas que perturban y enferman el clima interior y las relaciones interpersonales.

Es también una oportunidad para revisar nuestra presencia, para estar entre la gente; sobretodo, para estar entre las casas de los hombres como Fraternidad evangélica y ser así un lugar de auténtica humanización, de socialización y de valoración de cada persona¹².

- *El pluralismo cultural y religioso.* Las personas viven actualmente en una sociedad multicultural y multirreligiosa. Tal realidad puede ofrecer la oportunidad de cultivar la apertura hacia el otro favoreciendo de esta manera el mutuo enriquecimiento. Pero también puede generar el miedo hacia lo “diverso” y, por tanto, la creación de muros entre personas de diversas culturas y religiones, o bien nos pone frente a este fenómeno en una actitud de indiferencia, de cerrazón o clausura con las consecuentes dificultades para dar testimonio y transmitir los valores de la fe cristiana o, incluso, para entender la propia identidad¹³.

2.2. CONTEXTO ECLESIAL

En la Iglesia se puede vislumbrar un rico fermento de novedad, pero también de contraposición y de regresión. Tampoco está descontada la recepción de la eclesiología conciliar, con las profundizaciones y los desarrollos sucesivos. En particular podemos subrayar algunas líneas emergentes:

- *La tensión entre eclesiologías diversas.* Junto a una Iglesia estimulada por la *Gaudium et Spes*, que abre de par en par y con valentía las propias puertas al mundo, existe también una Iglesia replegada sobre sí misma, sin ardor y energía en el momento de afrontar las nuevas situaciones.
- *El crecimiento de movimientos eclesiales y de nuevas comunidades.* Es perceptible el crecimiento del protagonismo de los laicos, aunque si en general todavía es fuerte el clericalismo. No es raro, en efecto, que los laicos estén *ad usum* del clero y les sea difícil entender su rol en la evangelización.

12 Cf. *Ecclesia in Europa*, 15.

13 Cf. *Ecclesia in Asia*, 29ss.

- *La búsqueda de experiencias de espiritualidad.* En la búsqueda de lograr saciar la sed de espiritualidad, nos podemos encontrar con una forma de religiosidad sin el Dios personal o de aversiones hacia el mundo actual, la sociedad, la cultura, la política, realidades retenidas como “sucias” o “deshonestas”.
- *Alejamiento de la práctica comunitaria y sacramental.* Parece que la parábola de la oveja perdida va actualmente al revés: no una, sino ¡noventa y nueve son las ovejas que han abandonado el redil!
- *El fenómeno de quien retorna.* En algunos ambientes está en crecimiento el número de las personas que se habían alejado y después regresan a la comunidad de fieles, lo cual exige una grande paciencia pastoral, una generosa acogida y un acompañamiento personalizado.
- *La pastoral ordinaria de una parroquia,* llevada a cabo según esquemas habituales y con gran empleo de medios y de energía, está dirigida a un exiguo número de personas (la única oveja que quedó en el redil), de tal manera que para las que se encuentran alejadas (las otras noventa y nueve) ya no queda ni tiempo ni fuerzas.
- *La exigencia de parte de muchos fieles* de tener una Iglesia más ministerial, con una mayor participación de los laicos, con una valiente apertura al diálogo, a la solidaridad con los pobres.
- *La necesidad de una verdadera pastoral social,* sobre todo frágil o ausente en la praxis pastoral ordinaria. Su ausencia o su débil incidencia, no favorece el justo equilibrio entre los ministerios de la Palabra, de la liturgia y de la caridad. De esta manera, las dimensiones de la caridad sufren de llamativas omisiones y en donde sí existe, posee con facilidad un carácter existencialista. Con mucha frecuencia hace falta un claro compromiso por los pobre, por la promoción humana, por la defensa de los derechos humanos, por una eficaz transformación social.

3. Opciones para la renovación de la parroquia

El actual contexto socio-cultural y religioso-eclesial, interpela vivamente a la parroquia. El hecho de ser una iglesia cercana a la gente, la obliga a no cerrarse a las exigencias de la humanidad contemporánea, a no desatender las interpelaciones, que se convierten muchas veces en gritos de tantos hermanos y hermanas que están sedientos de sentido, que están deseosos de encontrar un espacio adecuado. Por esto

la parroquia se siente estimulada constantemente a una conversión pastoral, que implica opciones, a saber:

- *superar la pastoral de la conservación de lo existente*, para acoger con nuevo aliento, amplio y valeroso los desafíos de nuestro tiempo;
- *optar por la misión* como un verdadero modelo de evangelización. Esto comporta una remoción de los hábitos y costumbres pastorales, la revisión y la renovación de todas las modalidades de la pastoral;
- *ponerse en actitud propositiva* ante las situaciones particulares que tienen difusión a nivel mundial: el pluralismo religioso, la migración, la misión *ad gentes* dentro de los propios confines;
- *realizar el modelo de comunión y participación* de parroquia, envolviendo a todas las expresiones presentes en la parroquia: comunidades religiosas, asociaciones, movimientos y grupos. Solo de esta manera la pastoral será una pastoral de conjunto, en donde todos y cada uno puedan sentirse en su casa y desenvolver el propio servicio en beneficio de todos. Entonces sí que la parroquia podrá ser «la Iglesia que se encuentra entre las casas de los hombres, ella vive y obra entonces profundamente insertada en la sociedad humana e íntimamente solidaria con sus aspiraciones y dificultades»¹⁴;
- *privilegiar el contacto personal*, el cual constituye la primera vía de la evangelización, siguiendo en ello al buen pastor que siempre dio más importancia al encuentro directo con las personas, al diálogo sincero y constructivo, a la acogida inmediata de las situaciones reales que se le presentaban en su camino;
- *cumplir gestos de vida nueva*, como el cambio de estilo de vida, la opción por los medios pobres para todo aquello que se refiere a la misión de la Iglesia, el compromiso por una efectiva justicia a nivel local e internacional, el estar cerca de quien sufre a causa de la múltiples formas de marginación, la solidaridad con los débiles y as víctimas y la defensa de sus derechos, el testimonio de opciones evangélicas en los conflictos, etc.;
- *valorizar los siguientes iconos* de parroquia: *Iglesia arraigada en un lugar*, por lo cual nada le es extraño y todo llama su atención; *Iglesia cercana a la gente*, con espíritu de amorosa acogida hacia todos, y especialmente a aquellos que no cuentan y que se siente margi-

14 Documento de Santo Domingo, IV Asamblea del Episcopado Latinoamericano, 1992, 58; cf. También el Documento de Puebla, 649-650; *Ecclesia in America*, 41; Juan Pablo II, *Ecclesia in Africa*, Exhortación Apostólica postsinodal, 1995, 88ss.

nados; *Iglesia sencilla y humilde*, puerta de acceso al Evangelio para cada persona; *Iglesia de pueblo*, instrumento de agregación; *Iglesia eucarística*, con su misterio de comunión y de misión.

Sugerencias para la reflexión sobre el 1° capítulo

- 1. Leer, analizar e interpretar el contexto socio-cultural-religioso-ecclesial en el que se encuentra la parroquia.*
- 2. Reconocer los signos de renovación ya presentes en la vida parroquial.*
- 3. Identificar los desafíos más urgentes para la misión evangelizadora de la comunidad parroquial.*

2

ENVIADOS A EVANGELIZAR
EN FRATERNIDAD Y MINORIDAD
EN LA PARROQUIA

LOS HERMANOS MENORES EN LAS PARROQUIAS

Después de una premisa histórica, que evidencia la no fácil relación existente entre la parroquia y los Hermanos Menores, este capítulo presenta una interesante tipología del servicio parroquial, llevado a cabo por nuestras Fraternidades en las diversas partes del mundo, al final se sintetiza cuanto nos dice al respecto la legislación de nuestra Orden.

1. A la luz de la historia

Aunque si el apostolado franciscano de los orígenes fue popular e interesante, sin embargo entró inmediatamente en relación con la parroquia. En efecto, según las indicaciones de san Francisco, los Hermanos deberían de andar de dos en dos por las diversas regiones de Italia y de Europa, para predicar la penitencia y la paz, pero primero deberían pedir y obtener siempre el permiso del obispo o del párroco del lugar.

Fueron los primeros franciscanos en Bosnia, al inicio del siglo XIV, que obtuvieron del Papa la facultad de organizar parroquias y de permanecer como pastores, pero solamente en los territorios de misión, en donde no existía el clero diocesano. Esto dio inicio a una tradición que ha llegado hasta nuestros días. Mientras tanto, se desarrollaba y profundizaba un gran debate entre los juristas de la época respecto a si se les podía asignar parroquias a los religiosos. El debate siguió hasta el siglo XVI, cuando la cuestión fue reservada a la decisión de la santa Sede.

Con la reforma tridentina (siglo XVI) se formuló el “modelo” de la parroquia universal con las siguientes estructuras: un territorio, un párroco inamovible, un beneficio. Dicho modelo llegó hasta el Vaticano II.

En el siglo XVII, los mismos religiosos desconfiaban del ambiente parroquial, considerado como un “lugar” no apto para la promoción de la virtud religiosa. Hasta la mitad del 700, en el catálogo de los santos solamente había sido inscrito un párroco, Ivo de Bretaña, que tal vez fue aceptado en el martirologio franciscano más por ser terciario, que por ser párroco.

El Papa Benedicto XIV, hacia la mitad del 700 les prohibió a los religiosos la cura pastoral de parroquias, a menos que hubiera una particular necesidad.

En los nuevos Países de América Latina, los Franciscanos se orientaron hacia una misión más abierta e itinerante cercana de las poblaciones indígenas, dejando a otros el organizar las parroquias.

En Europa, cuando se impone la ideología del jurisdiccionalismo iluminista, las autoridades aceptaban solo ministerios eclesiásticos que tuvieran una base de subsistencia económica y esto solamente era posible gracias a las parroquias. De esta manera, los religiosos, también los Franciscanos, se vieron obligados a asumir con frecuencia el ministerio parroquial, aunque por una mera cuestión de sobrevivencia.

En Hungría – como en otros Países eslavos - a los Frailes les era impuesto el administrar parroquias y las iglesias conventuales deberían ser transformadas en parroquias, so pena de ser clausuradas. Posteriormente resultó que dichas parroquias se constituyeron en las únicas presencias católicas en la región. En Austria, en cambio, a los Franciscanos les fueron encomendadas preferentemente las escuelas, tal vez porque no requerían un elevado empeño en la administración patrimonial, mientras que en Italia, después de las leyes de supresión de la mitad del siglo XIX, los Franciscanos podían permanecer solo si tomaban la administración de las parroquias. En México, después de que la vida religiosa fue declarada ilegal (1859) y posteriormente suprimida (1867), algunos Hermanos pudieron vivir bajo la cobertura de las “rectorías parroquiales” y de los “colegios”.

Después de que el Código de derecho canónico de 1917, le confirió al instituto parroquial una dimensión más religiosa, pastoral y casi misionera, las referencias a las parroquias vienen inseridas también en la legislación de la Orden, entre los decretos de los Capítulos generales y en algunos artículos de las Constituciones Generales y de los Estatutos Generales. En 1921, a las disposiciones sobre las parroquias, siguieron antiguas rémoras sobre los peligros que ellas podrían constituir para la vida común y para la obediencia. También fue precisado que el asumir parroquias comportaba la petición de la dispensa de los preceptos de la Regla, lo cual era justificable porque el “bien de las almas” era una finalidad superior. En 1927 existían 623 parroquias a cargo de la Orden, y se precisaba el carácter temporal de dicho servicio, que era solicitado a causa de la insuficiencia del clero diocesano. En 1957, no obstante que se asumieron formas alternativas de pastoral a las parroquias – como las misiones populares, la predicación y la misión *ad gentes* – las parroquias adquiridas en el último sexenio se calculaban en 144.

Después de la segunda guerra mundial, por causa del gran movimiento migratorio de Europa hacia los Estados Unidos de América, los Franciscanos, para poder seguir a sus compatriotas, constituyeron nuevas “parroquias personales”. Praxis que posteriormente coincidió en muchos Países en donde la inmigración fue relevante.

En las nuevas misiones de África, casi todos los Obispos les han permitido a los Franciscanos el establecer Fraternidades con la condición de que asuman el cuidado de alguna parroquia.

El aumento del compromiso parroquial de los Franciscanos expresa la disponibilidad de ir al encuentro de los necesitados de la Iglesia,

como ya había sido expresado por san Francisco: «Hemos sido enviados en ayuda a los clérigos para la salvación de las almas, con el fin de suplir con nosotros lo que se echa de menos en ellos» (2C 146). Y Pablo VI, dialogando con el Ministro y Definitorio generales de los Hermanos Menores Capuchinos, decía: «conozco la forma característica de la vida franciscana. Ustedes no quieren reducirla a los estrechos límites del ministerio parroquial. Desean ser libres para desarrollar otras formas de apostolado. Pero todavía deben hacer algunas excepciones»¹⁵.

En las Constituciones Generales OFM de 1970, después de la profundización sobre la identidad franciscana requeridas por el documento conciliar, se pide que se acepten parroquias en donde sea posible vivir el espíritu de minoridad y de fraternidad. En las Constituciones Generales de 1987, corroboradas o ratificadas en el 2004, las parroquias son una de las posibles formas de apostolado (cf. CCGG 84; 111; 115; EEGG 54), salvando siempre la vida y el testimonio de fraternidad y minoridad y el espíritu de colaboración con los obispos. Según la estadística más reciente que fue elaborada en el año 2003, el 27 % de los Hermanos Menores tienen como actividad principal el apostolado en parroquias.

2. A la luz de situaciones específicas

El impulso misionero hacia nuevas fronteras y la disponibilidad de ayudar a las Iglesias locales ha hecho surgir, y continúa haciendo germinar, una variada gama de servicio parroquiales franciscanos en ocasiones muy diversos entre ellos. De aquí ha surgido el intento de presentar esta rica tipología de parroquias animadas por nuestra Fraternidades, ofreciendo una breve caracterización del tipo de parroquias, con sus oportunidades y valores y también con sus límites y riesgos.

Es posible intuir en el siguiente elenco lo que el espíritu misionero ha sabido conjugar e integrar con las más paradójicas situaciones verificadas a través de la historia y en los diferentes contextos del mundo entero.

- Parroquias situadas *en un contexto misionero ad gentes*. En muchas misiones la parroquia es un modo, en ocasiones único, de hacer presente la Iglesia y de realizar la llamada *implantatio Ecclesiae*. Con

15 Audiencia al Ministro general y a su Definitorio de la Orden de Frailes Menores Capuchinos, 17 de diciembre de 1963, en *Analecta Ordinis Fratrum Minorum Cappuccinorum*, 79 (1963), 384-385.

frecuencia, los Obispos le piden insistentemente a los misioneros que asuman tales formas de presencia. La Fraternidad franciscana, en su pastoral parroquial, atiende de manera particular la evangelización misionera y la inculturación del Evangelio, mientras que la atención a la *implantatio Ordinis* y la difusión del carisma es menos intensa.

- *Parroquias en un contexto de minoría cristiana.* Nuestra Orden tiene presencia en Países de mayoría musulmana o de otra religione o de otra Iglesia. Es entonces que la parroquia se convierte en el único camino para una presencia católica, reconocida incluso por parte del Gobierno civil. En este contexto, la pastoral parroquial presta un servicio indispensable a una “pequeña grey”, se interesa de la promoción humana y ofrece un testimonio silencioso del Evangelio y de la fe. Habitualmente se trata de una pastoral de “conservación”, no de anuncio o de creatividad misionera. En algunos casos, son una presencia de colaboración y de diálogo interreligioso y ecuménico.
- *Parroquias en Diócesis bien organizadas,* con una rígida programación y con directrices muy precisas sobre todas las actividades parroquiales y sobre otros ambientes pastorales. En tales Iglesias particulares, sucede con frecuencia, que no hay mucho espacio para una creativa diversidad en la comunión, ni para una visibilidad del carisma franciscano como presencia (Hermanos sacerdotes y Hermanos laicos), ni como servicio (organizaciones de Fraternidades OFS y JuFra, compromisos por la justicia, la paz e integridad de la creación, diálogo en clave franciscana, devociones típicamente franciscanas, etc.).
- *Parroquias de gran extensión.* En muchos casos estamos presentes en Iglesias particulares en donde nuestro carisma es valorado y respetado por los Obispos y por el clero y en donde se nos han confiado parroquias de grandes extensiones, con un gran número de habitantes y de fieles. Nos es raro, que para visitar las comunidades se deban hacer viajes muy largos, muchas veces en condiciones precarias. En estos casos, no se logra ofrecer una verdadera evangelización, sino una pastoral sacramental. Las enormes distancias del centro y la forzosa ausencia de algunos Hermanos pesan sobre la Fraternidad, la cual tiene dificultades para vivir los elementos fundamentales del carisma, como la vida común, la oración comunitaria, los capítulos locales.
- *Parroquias en el contexto de las grandes ciudades.* Tenemos presencias en parroquias urbanas en las grandes ciudades, tanto en los

centros urbanos como en las periferias, en donde se vive inmerso a un pluralismo religioso que interpela la Fraternidad con múltiples ofertas y desafíos. En estos casos, se requiere de una presencia evangelizadora que sea muy creativa y de mucha calidad, para poder llegar a donde se encuentran los fieles y poder dialogar con ellos, así como el comprometerse en la promoción humana.

- *Parroquias con estructuras sólidas y con una historia gloriosa de actividades pastorales*, pero que requieren de una renovada evangelización. Muchas de nuestras parroquias se encuentran al interno de una Iglesia particular bastante sólida, con estructuras estables, con una larga tradición de presencia y atención pastoral, pero se encuentran inmersas en situaciones de profundos cambios culturales y religiosos. Estas parroquias tienen una larga historia, con frecuencia poseen una iglesia grande, hermosa, que muestra los signos gloriosos de muchos siglos de fe y de arte. En estos casos, el riesgo es el de mantener más o menos el mismo estilo de actividades pastorales, mientras que la realidad en su entorno ya ha cambiado, la respuesta pastoral puede ser la misma que se dio en el pasado.
- *Parroquias y Santuarios*. Un número consistente de nuestra parroquias están organizadas entorno a un santuario, que habitualmente atrae a una multitud de fieles, por la fama del Santo que se venera en ella, o porque el lugar es significativo o peculiar, por la espiritualidad que se respira. Esto no quiere decir que se de automáticamente una adhesión a la comunidad eclesial. Entonces, el riesgo consiste en “amarrarse” a una religiosidad de “usa y tira”, que no incide en la profunda trama existencial de los fieles.

3. A la luz de la legislación de la Orden

La palabra *parroquia* aparece solamente una vez en las actuales Constituciones Generales, no obstante, esta única referencia es de gran importancia porque está situada en el interno de aquello que el Código de Derecho Canónico considera la *Lex fundamentalis*. La alusión se encuentra en el cap. V que trata de uno de los aspectos fundamentales de la vocación franciscana, y que es precisamente el de la evangelización. El título de este capítulo, «Para esto os envió Dios al mundo», está tomado de la *Carta a toda la Orden*, subrayando de esta manera que la misión, en su significado original, ocupa un puesto de primera

importancia en la comprensión del Evangelio en san Francisco. Es significativo el que el artículo que se refiere a las parroquias forme parte de los principios generales sobre los cuales se fundamenta la vocación evangelizadora de los Hermanos Menores. En efecto, después de haber declarado que todos los Hermanos son enviados a proclamar el Evangelio (CCGG 83 §1) y que su evangelización se realiza edificando con sus palabras y su ejemplo (CCGG 83 §2), el artículo 84 presenta la evangelización como una responsabilidad de todos y señala los múltiples ámbitos dentro de los cuales se puede desempeñar. Entre estos, se encuentra el ministerio parroquial. El texto se expresa de la siguiente manera: «Dondequiera que se hallen los hermanos y cualquiera que sea la actividad que realicen, dedíquense a la tarea de la evangelización; bien sea en la comunión fraterna mediante la vida contemplativa y penitente, y por los diversos trabajos realizados en servicio de la misma, bien sea en la sociedad humana por medio de las actividades intelectuales y materiales, por el ejercicio del ministerio pastoral en parroquias y otras instituciones eclesásticas; y, finalmente, anunciando el advenimiento del Reino de Dios con el testimonio de la simple presencia franciscana» (CCGG 84).

El texto subraya en primer lugar el contexto universal (*dondequiera*) y pluralista (*cualquiera actividad*) de los ambientes en donde los Hermanos realizan su tarea evangelizadora. En segundo lugar, «el ministerio pastoral en parroquias» es concebido fundamentalmente como una tarea de evangelización: no administrativo ni de ningún otro tipo, sino como “ministerio”. En tercer lugar, se trata de un ministerio entre otros muchos que los Hermanos Menores pueden desempeñar. Dicho principio es corroborado en el artículo 116: «*Toda nuestra Fraternidad es misionera* y participa de la misión de la Iglesia, conforme al ejemplo de san Francisco y a su voluntad expresada en la Regla. Por lo tanto, *cada hermano*, consciente de su propia responsabilidad, *asuma la parte que le corresponde* en la labor misionera» (CCGG 116 §1).

A la luz de las anteriores características, es lógico que al ministerio parroquial también se le pueda aplicar, por una parte, los *principios generales* que guían la tarea de la evangelización y, por otra, los *criterios* que las Constituciones Generales dan sobre los modos de la evangelización franciscana y sobre la organización de los ministerios.

El hecho de aplicar los *principios generales* de la evangelización al ministerio parroquial quiere decir que este último es considerado al interno del *seguimiento* de Cristo, en penitencia y en fraternidad. Esta

es entendida como una *actitud a la comunión*, con la Familia a la cual uno pertenece (Orden, Provincia, Casa) y con todos los seres humanos, a partir del testimonio de vida. En las expresiones de fraternidad incluida también la unión y la colaboración con *todos los miembros de la Familia Franciscana* y va privilegiada la *inserción entre los pobres* y en los ambientes secularizados (cf. CCGG 85-88).

Entre los *criterios* concernientes a las características propias de la evangelización franciscana vale la pena recordar que el ministerio parroquial:

- tiene un papel preponderante *la dimensión del testimonio* de nuestra forma de vida, la cual se manifiesta con la profesión humilde, decidida y alegre de la fe católica, como menores, siempre solícitos para responder a los problemas actuales del ser humano, con el objeto de que recuperen su dignidad (cf. CCGG 90-91; 96-97);
- *el anuncio de la Palabra de Dios* es prioritario y por esto, además de la idoneidad, se pide una cuidadosa preparación ya que la predicación tiene como objeto el provecho y edificación del pueblo, para ello, se requiere que el predicador se nutra de la verdadera fuente que es la revelación, esté arraigado en una profunda fe y fortalecido por la oración, que su vida sea coherente con aquello que dice y sepa utilizar palabras adecuadas y ponderadas (cf. CCGG 100-104);
- una de las tareas prioritarias del ministerio parroquial es el de promover la *santificación de los fieles* mediante la adecuada administración de los sacramentos, entre los cuales amerita un cuidado especial el ministerio de la reconciliación (cf. CCGG 108).
- para la evangelización y la promoción humana es conveniente *utilizar los medios de comunicación social* siempre y cuando, por una parte, no sean transformados en fines en sí mismos, sino que conserven su carácter de instrumentos y, por otra parte, que su utilización se en el espíritu de minoridad (CCGG 109).

En las *Constituciones Generales* existe una gran preocupación por custodiar los valores fundamentales de la vida franciscana, particularmente el de fraternidad y minoridad. Por ello, cuando se refieren al servicio de la evangelización, las Constituciones dicen que: «Todas las actividades orientadas a promover el ministerio de la evangelización que el pueblo de Dios ha de llevar a cabo, y que son compatibles con nuestro estado de fraternidad y minoridad, pueden ser asumidas por nuestra Orden». Y todavía más: «Los hermanos que prestan algún servicio en las Iglesias particulares estén dispuestos a ayudar a los Obispos y a sus colaboradores en la ejecución de los planes pastorales,

sobre todo en los aspectos acordes con nuestro carisma franciscano» (CCGG 111; 115 §1).

Es evidente que en los textos que se refieren al ministerio de la evangelización y a los planes pastorales, también están incluidas las parroquias. Por su parte, los Estatutos Generales de la Orden son muy explícitos a este respecto, porque exigen que «Cuando se aceptan parroquias, de lo que ha de informarse al Ministro general, el Ministro provincial debe preferir aquellas en las que brille el testimonio de minoridad y fraternidad» (EEGG 54 §1).

Con esta breve mirada a la legislación de la Orden, se evidencia que el ministerio pastoral en las parroquias es concebido como una forma de evangelización, en la cual deben resplandecer los elementos específicos de nuestro carisma.

En conclusión, en las Constituciones Generales de 1987 y del 2004, así como en los Estatutos Generales de 2004, por primera vez, las parroquias reciben una clara legitimación, siendo presentadas como «una de las posibles formas de apostolado franciscano».

Respecto a la animación de la Pastoral parroquial, la responsabilidad es del Secretariado provincial para la Evangelización en dependencia del Ministro provincial: «Incumbe al Secretario provincial para la Evangelización promover y coordinar, bajo la dependencia del Ministro provincial, toda la evangelización en la Provincia». Particularmente «Es obligación del Coordinador de la Evangelización coordinar, de acuerdo con los Estatutos particulares y peculiares, todas las actividades relacionadas con las diversas formas de evangelización». También por esto se quiere que se elaboren Estatutos Peculiares a fin de precisar las tareas, las competencias y los modos de organizar la animación de tal manera que la pastoral parroquial sea vista al interno de las tareas del Secretariado (cf. EEGG 49 §§1 y 3).

Sugerencias para reflexionar el 2° capítulo

1. *Hacer una memoria histórica de las parroquias y reconocer los momentos de vitalidad y los de crisis identificando los factores más decisivos.*
2. *Descubrir los motivos por los cuales los Hermanos han aceptado la responsabilidad de parroquias y reconocer su aportación específica a través de la historia.*

3

ENVIADOS A EVANGELIZAR
EN FRATERNIDAD Y MINORIDAD
EN LA PARROQUIA

LAS CARACTERÍSTICAS FRANCISCANAS DE LA PASTORAL PARROQUIAL

Fundamentados en las Fuentes Franciscanas y en los Documentos de la Iglesia y de la Orden, a continuación se presentan algunos puntos de reflexión para armonizar el servicio parroquial con nuestra vida franciscana, y para ofrecer una ayuda para vivir el proprium del Hermano Menor en este ministerio.

Con este fin serán tomadas en consideración cinco dimensiones complementarias entre ellas: la escucha-testimonio de la Palabra (martyria); la celebración (liturgia), la comunión (koinonía); el servicio (diaconía); el impulso misionero (missio).

1. Testigos y servidores de la Palabra (*martyria*)

«*Inclinad el oído de vuestro corazón y obedeced a la voz del Hijo de Dios. Guardad sus mandamientos en vuestro corazón y cumplid sus consejos perfectamente*» (CtaO 6).

El inicio de la Carta a toda la Orden de san Francisco, ilumina la vital relación que él tenía con la Palabra de Dios y nos ofrece preciosas indicaciones de valoración en el específico servicio de la parroquia. Con lógica sucesión, él nos indica que la Palabra debe de ser escuchada con reverencia y con la disposición para una pronta obediencia; después, debe de ser custodiada en el corazón, y finalmente, debe ser encarnada en las obras. Este movimiento consecuente desde el externo al interno y después en la profundidad del corazón a la concretes visible de las obras, marca el camino de la coherencia. Como decir: al oído que escucha la Palabra, le debe seguir el corazón que la medita, y las manos que la ponen en práctica.

1.1. LA FRATERNIDAD Y LA PALABRA

«*Inclinad el oído - obedeced a la voz*».

Son muchas las palabras que se dicen y se escuchan en el ámbito de una parroquia. A menudo desbordados por ellas, especialmente en contextos ruidosos y agitados, se corre el riesgo de perder la capacidad de seleccionar y la posibilidad de darles un sentido real o auténtico.

San Francisco nos sugiere que inclinemos el oído para escuchar las Palabras que son *espíritu y vida*. La expresión *inclinad el oído* nos envía una vez más al deseo de escuchar, por lo tanto, de orientar el oído hacia el Señor que habla, y a una *ascética del oído* la cual es muy saludable para nuestro tiempo. También la parroquia tiene necesidad de esta ascética del oído, para hacer resaltar el primado de la Palabra. El peligro de que pueda ser asimilada a todas las otras, se puede evitar con esta *inclinación* del oído, que por una parte tiene el deseo de escuchar la Palabra de Dios y por la otra, posee el compromiso de hacer que se haga posible esta escucha. Es a esta escucha a la que le debemos dar el primado, si queremos que nuestro oído se incline, en la mejor de las disposiciones, a escuchar la voz de los hermanos.

En una parroquia guiada por Hermanos, son ellos mismos, como Fraternidad, los que deben de ser los primeros en inclinar el oído a la escucha de la Palabra de Dios, reservándose cuidadosamente tiempos y lugares para dedicarse a esta prioridad. En la celebración eucarística, en la Liturgia de las Horas, en la *Lectura orante de la Palabra*, y en otras formas celebrativas y personales, los Hermanos aprendan el lenguaje de Dios, asuman poco a poco su lógica y conviertan día con día el propio hombre carnal, aquello que nos hace «miserables y contrarios al bien, pero prontos y voluntariosos para el mal» (*Rnb* 22,6), para poder así hacer nacer cotidianamente al hombre espiritual, y por tanto una Fraternidad espiritual. Cada Hermano está invitado a hacer suyas las palabras del profeta Isaías: «Mañana tras mañana despierta mi oído, para escuchar como los discípulos» (*Is* 50,4). Posteriormente, la misma Palabra, precisamente por su capacidad unitiva, tiende a unir *in unum* a los Hermanos, infundiéndoles los mismos criterios interpretativos y favoreciendo un lenguaje común, que es lo que los hijos han aprendido junto al Padre.

De esta manera, la Fraternidad religiosa ya es, con su misma presencia una “exégesis de la Palabra de Dios”¹⁶, una exégesis que habla elocuentemente a aquellos que viven en las parroquias, induciendo a cada uno a inclinar el oído del propio corazón a la escucha de la Palabra que salva y favoreciendo el que puedan surgir grupos de personas que desean escuchar juntos, como hermanos, la Palabra del Padre.

Una Fraternidad de llamados (*vocati*) que se encuentran *con-vocados* por la misma Palabra de vida no tiene otro camino que convertirse en “lugar de profecía”, sintiéndose “enviada al mundo como Fraternidad evangelizadora que, por inspiración del Espíritu Santo y hermandad con todas las criaturas, vive y anuncia el Evangelio siguiendo a Cristo en pobreza”¹⁷.

«*Guardar sus mandamientos con todo el corazón*»

La llamada de san Francisco nos remite a la parábola evangélica de la semilla: aquello que permaneció sobre el camino o entre piedras no pudo arraigarse, lo mismo sucedió con la semilla que fue sofocada por las espinas, no encontró el espacio suficiente para poder vivir. La vida de la semilla es decidida por la acogida profunda y por la voluntad de

16 Benedicto XVI, Discurso con ocasión de la XII Jornada de la Vida consagrada, 2 de febrero de 2008.

17 Fr. Hermann Schalück, ofm, Llenar la tierra con el Evangelio de Cristo, Carta para el Pentecostés 1996

custodiarla, en la convicción de que entre todas las palabras el primado lo tiene la Palabra del Señor.

La invitación de san Francisco adquiere hoy día una riqueza del todo particular *Guardad sus mandamientos con todo el corazón* representa para nosotros un gran compromiso, desde el momento en que vivimos de prisa, en medio de numerosos mensajes contradictorios que se nos ofrecen con sofisticadas seducciones. La distracción permanente en la que vivimos hace difícil custodiar la Palabra y la superficialidad de la vida en la cual estamos inmersos le roba su fuerza profética y la hace salir fuera del mensaje.

El cuidado más saludable para no perder la Palabra acogida es el *estar* con ella. Este *estar*, en el curso de la tradición cristiana, ha asumido varios nombres y varias formas: *lectura orante*, meditación, estudio, rumiar, oración, contemplación, *lectio divina*, etc. Y sobre esta línea, el Ministro general se dirige a los Hermanos con las siguientes expresiones: «Frecuentar la Palabra, acercarnos a ella, rondarla y cortejarla, familiarizarnos con ella, guardar como un tesoro en el arca de la memoria esa Palabra que en algún momento hizo arder nuestro corazón, dejarnos sorprender por ella, nos permitirá movernos al ritmo de la música de Dios, como Francisco, y nuestra vida cobrará juventud»¹⁸.

La aspiración de *estar*, encuentra en Francisco un modelo verdaderamente ejemplar porque él siempre permanecía verdaderamente ocupado con Jesús: «y la fuente de amor iluminado que llenaba todas sus entrañas, bullendo saltaba fuera. ¡Qué intimidades las suyas con Jesús! Jesús en el corazón, Jesús en los labios, Jesús en los oídos, Jesús en los ojos, Jesús en las manos, Jesús presente siempre en todos sus miembros» (*IC* 115). En estas expresiones, es fácil notar que la Palabra escuchada, asimila a sí al que la escucha, haciéndolo poco a poco semejante, conforme al contenido de la Palabra y, en fin, semejante a Aquél que es la misma Palabra, Cristo. De echo, los estigmas son también el sello de una palabra escuchada y custodiada, que ha fructificado haciendo al amante semejante al amado (cf. *LM* 13,5), transformando a Francisco en *alter Christus*.

En la parroquia, cuando estamos con la Palabra, cuando le reservamos el tiempo oportuno, significa que nos dejamos evangelizar por ella. El pasaje entre el discipulado y el apostolado sucede en este *estar*. Y es así como se realiza el «encuentro vital, en la antigua y siempre

18 J. R. Carballo, *Mendicantes de sentido, de la mano de la Palabra*, 20.

válida tradición de la *lectio divina*, que permite encontrar en el texto bíblico la palabra viva que interpela, orienta y modela la existencia»¹⁹. Es allí, en efecto, donde el Maestro se revela, educa el corazón y la mente. «Es allí donde se madura la visión de fe, aprendiendo a ver la realidad y los acontecimientos con la mirada misma de Dios, hasta tener el pensamiento de Cristo»²⁰.

En este sentido, el Papa Juan Pablo II, hablando a los consagrados, dijo: «Por eso es necesario que no os canséis de meditar en la *Sagrada Escritura* y, sobre todo, en los santos *Evangelios*, para que se impriman en vosotros los rasgos del Verbo encarnado»²¹.

Para hacer fecundo ese *estar*, ese detenerse e imprimir en el semblante de la parroquia los signos visibles del Hijo de Dios, es indispensable cuidar:

- la lectura orante de la Biblia,
- los tiempos para la meditación personal,
- el estudio y profundización de la sagrada Escritura,
- la actualización de la teología,
- la lectura comunitaria y la interpretación de los signos de los tiempos,
- al conocimiento y una continua atención a la cultura o a las culturas locales en vistas a la inculturación del Evangelio,
- la formación permanente a nivel de diálogo a todos los niveles.

Una particular manera de *estar* con la Palabra, para después observarla con todo el corazón, es el estudio. La tradición franciscana nos enseña que el edificio de la Orden se debe construir sobre dos pilares, a saber, sobre la santidad de vida y la ciencia (cf. *Eccleston* 90) y es por esto que «Los maestros franciscanos son propuestos como ejemplo admirable de este diálogo fecundo entre la ciencia y la santidad»²². Y siendo un soporte indispensable para anunciar el Evangelio, los estudios son para nosotros «una exigencia fundamental de la evangelización»²³ y es por esto que «hoy más que nunca es necesario promover en nuestra Orden la formación intelectual»²⁴, teniendo siempre presente que

19 Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, Carta apostólica, 2002, 39.

20 CIVCSVA, *Caminar desde Cristo*. Un renovado compromiso de la vida consagrada en el tercer milenio, Instrucción, mayo 2002, 24.

21 Juan Pablo II, *Homilía con ocasión de la V Jornada de la vida consagrada*, 2 de febrero de 2001, 3.

22 *Ratio Studiorum...*, Presentación d., 2001.

23 Juan Pablo II, Mensaje al Capítulo General OFM, 4 de mayo de 1991, 6.

24 *La Orden y la Evangelización hoy*, Documento del Capítulo general 1991, 10.

los estudios «están al servicio de la calidad»²⁵ de nuestra vida. Por esto, la existencia de grupos bíblicos y de encuentros sobre la Palabra de Dios, se deben de tenerse en gran aprecio en nuestras parroquias.

Cumplid perfectamente

Después de la escucha y la disponibilidad a observar la Palabra, Francisco agrega el elemento conclusivo e indispensable: poner en práctica lo que se ha recibido. De hecho, «La meditación –en realidad - mira a vivir y encarnar la Palabra»²⁶. Sin este elemento práctico, sin la encarnación de la Palabra, no se da un verdadero conocimiento evangélico; y un saber desasociado de la vida, llevará a la muerte «a aquellos religiosos – amonesta san Francisco - que no quieren seguir el espíritu de las divinas letras» (*Adm 7*; cf. *Adm 5*).

Por lo tanto, para Francisco y la escuela franciscana, la única manera de saber es encarnando la Palabra, cumpliendo lo que ella dice. Se trata de un conocimiento que fluye de la experiencia, y en el cual nos implicamos con la Palabra, en un clima interior en donde está constantemente presenta la pregunta: «Señor, ¿Qué quieres que haga?» y la respuesta: «De muy buena gana lo haré, Señor» (*TC 6*; 13). El Santo Padre, el día de la apertura del Sínodo sobre la Palabra de Dios, afirmaba de la Iglesia: «Si el anuncio del Evangelio constituye su razón de ser y su misión, es indispensable que la Iglesia conozca y viva lo que anuncia, para que su predicación sea creíble, a pesar de las debilidades y las pobreza de los hombres que la componen»²⁷.

Nuestra tradición franciscana debe ser valorizada en la parroquia, ya que le da un valor fundamental y esencial a la experiencia, a la concretes de una Palabra que continuamente se hace carne en las más diversas y inverosímiles situaciones cotidianas.

1.2. LA FRATERNIDAD AL SERVICIO DE LA PALABRA

Una Fraternidad evangelizadora que presta su servicio en una parroquia encuentra en la Palabra «el alimento para la vida, para la oración y para el camino diario, el principio de unificación de la comunidad en la unidad de pensamiento, la inspiración para la constante

25 *Ratio Studiorum*, Presentación d., 2001.

26 *Mendicantes de sentido de la mano de la Palabra*, 27.

27 Benedicto XVI, *Homilía en la inauguración de la XII Asamblea del Sínodo de Obispos*, 5 de octubre 2008.

renovación y para la creatividad apostólica»²⁸. De esta manera, los Hermanos se convierten en hombres libres, evangélicos, profetas y así «podrán ser auténticos *siervos de la Palabra* en el compromiso de la evangelización»²⁹.

Alimentados por la Palabra, los Hermanos sienten el ardor de nutrir de la misma Palabra a los hermanos y a las hermanas que tienen a su lado, de comunicar con su vida y con la palabra, aquello que han oído, visto, contemplado, tocado (cf. *I Jn* 1,1). La parroquia se puede convertir verdaderamente en una *gran mesa* sobre la cual está puesto el alimento de la Palabra de Dios, de distribuir con generosidad, con competencia y con aquella autoridad que deriva de la experiencia vivida; un lugar de experiencia de Dios en el que se pueda «contemplar, en toda su profundidad, el misterio encerrado en el ser humano, en los acontecimientos, en la historia, en la naturaleza y en cuanto apunta al Dios viviente»³⁰.

Es como una exigencia interna de la Palabra de Dios: después de haber llamado y convocado a los Hermanos de una Fraternidad, después de haberlos evangelizado y asemejados a sí, ahora es ella misma la que los envía. Ese es el dinamismo propio de la Palabra, así se evidenció en los profetas y en los apóstoles. Es el mismo dinamismo que encontramos en la vida de los santos. Así también sucedió con Francisco, el cual, embriagado de la Palabra, se convirtió en su servidor al grado de afirmar: «puesto que soy siervo de todos, a todos estoy obligado a servir y a administrar las fragantes palabras de mi Señor» (*2CtaF* 2).

Como seguidores de Francisco, los Hermanos están convencidos de que el primer servicio rendido a la Palabra es el de alabar al Señor (cf. *CtaO* 8).

Tal vez esta *actitud de alabar* deberá ser recuperada en nuestras parroquias como un elemento típico de la relación franciscana con la Palabra de Dios. La alabanza, la admiración, el estupor, el maravillarse, la exaltación, hablan del conocimiento del corazón, que no puede ser separado del conocimiento intelectual. Es la misma invitación que san Francisco hace a todos los Hermanos porque estaba persuadido de la convicción de que hablar de Dios es alabarlo: «pues por esto os envío al mundo entero, para que de palabra y con las obras deis testimonio de su voz y hagáis saber a todos que no hay omnipotente sino él» (*CtaO* 9).

28 *Caminar desde Cristo*, 24.

29 *Caminar desde Cristo*, 24.

30 *Llenar la tierra con el Evangelio de Cristo*, 112

La característica franciscana de la parroquia conlleva el dar el primado a la evangelización sobre la práctica sacramental y devocional, teniendo el debido cuidado de que incluso éstas prácticas deben convertirse en un lugar de evangelización. La parroquia es el espacio privilegiado en donde se recibe y se acoge la Palabra, y en donde la Palabra se encamina hacia las personas. Por tanto, se deberá poner especial cuidado en ofrecer múltiples formas de anuncio:

- formación bíblica,
- misiones populares,
- espacios y momentos para experiencias que favorezcan el encuentro con el Señor,
- retiros y ejercicios espirituales,
- escucha y acompañamiento personalizados,
- utilización de diversos medios de comunicación,
- catequesis adaptada a grupos de iniciación a la vida cristiana y de maduración en la fe,
- diversas iniciativas de diálogo y de encuentro.

Una Fraternidad parroquial enviada por la Palabra pondrá un cuidado especial en aquellos que están alejados de la comunidad eclesial, de los jóvenes, de los excluidos sociales, de quienes han abandonado la práctica religiosa y de quienes se han sentido segregados. Junto a los colaboradores laicos, con creatividad apostólica y con fantasía apostólica – frutos característicos de la comunión - podrá emprender nuevas formas de encuentro, efectuando visitas misioneras, promoviendo ocasiones de acogida y de contactos. Será la misma Palabra de Dios la que sugerirá los pasos oportunos y los sostendrá con su fuerza.

El vínculo entre la Palabra de Dios y el hombre contemporáneo recuerda la necesidad de realizar una doble fidelidad al mensaje evangélico y otra a los hombres de nuestro tiempo. Para realizar este complejo compromiso, los Hermanos deben apoyarse de manera particular en la colaboración de los laicos. Por este motivo, en las parroquias franciscanas se debe invertir mucho en la formación de los fieles cristianos, con la finalidad de que estén en grado de dar razón de su esperanza y de su fe, de dialogar con la cultura actual, con las religiones y con el pluralismo presentes en la sociedad.

La *predicación* es un capítulo importante del anuncio de la Palabra de Dios, y la *homilía* representa un aspecto eminente. La Fraternidad parroquial es consciente de que la *homilía* es para los fieles el momento más importante con la Palabra de Dios. Es por esta razón que se le

toma muy en cuenta. A este propósito, la tradición franciscana, tiene un rico patrimonio que transmitir. Veamos algunos elementos.

- *Una gran adherencia al auditorio.* Nuestros santos predicadores conocían muy bien la cultura y del lenguaje del pueblo. Hablaban la lengua de Dios en la lengua del pueblo. Su ejemplo nos estimula a conocer principalmente al hombre de nuestro tiempo y su lenguaje, si es que queremos ser comprendidos. Por esto, inclinar el oído para escuchar la voz del Hijo de Dios, no exime a la parroquia de que incline una vez más su oído para escuchar la voz de los hijos de Dios.
- *Sencillez y popularidad.* San Francisco en su saludo a las virtudes, une la reina sabiduría con su hermana, la santa y pura simplicidad (*SalVir* 1). El hablar sencillo – de manera breve, ponderada y limpia – hace posible que todos acojan fácilmente y que con naturalidad centren lo esencial de aquello que se quiere transmitir. También el trato popular es una característica típicamente franciscana, muy valorada por muchos santos los cuales sustancialmente amaban predicar con ejemplos, narraciones, experiencias de la vida, crónica de acontecimientos que despertaban un gran interés en los oyentes, sin gloriarse, ni exaltarse de las palabras y obras buenas que Dios podía suscitar a través de ellos (cf. *Rnb* 17,6; *Adm* 2,3; 8,3; 12,2; 17,1; 21,2; 28,1). En el fondo, el ejemplo de este método nos lo ofrece el mismo Señor, que amaba hablar en parábolas y partir de la vida concreta con el fin de captar la atención del auditorio y así sembrar su mensaje.
- *Contenidos concretos.* Son aquellos que manan de las verdaderas fuentes de la revelación, sobre las cuales el predicador siempre debe disertar y discurrir con el estudio y la oración, y en las cuales debe arraigar la propia fe. Además, san Francisco afirma en la Regla: «amonesto además y exhorto a estos hermanos a que, cuando predicar, sean ponderadas y limpias sus palabras, para provecho y edificación del pueblo, anunciándoles los vicios y las virtudes, la pena y la gloria, con brevedad de sermón, porque breve fue la palabra del Señor sobre la tierra» (*Rb* 9, 3-4). San Bernardino nos da un espléndido testimonio de una predicación incisiva e inculturada que se resume en tres adjetivos: *bueno, breve, claro*.
- *Hablar con autoridad.* La predicación franciscana nos ofrece modelos de predicadores que anunciaban con la vida, antes que con las palabras, el mensaje evangélico. ¡Su lengua no era obstaculizada

por la distancia entre el decir y el hacer! Es decir, les confería una gran autoridad y una impresionante fuerza profética al grado de portar a los oyentes a la decisiva pregunta interior: «¿Qué hemos de hacer?» (*Hch* 2,37). San Buenaventura, en una admirable síntesis, afirma que son tres las cosas necesarias para quien entiende presentar la palabra de Dios: «la primera es que sea tutelada por la ciencia, la segunda es la elocuencia para explicarla, la tercera es la vida que confirma a las dos anteriores. Proponer la Palabra de Dios sin la tutela de la ciencia es peligroso, sin la elocuencia es inútil y sin la vida decorosa de ambas es infame»³¹.

- *Creatividad*. Reconociendo el Espíritu del Señor como el protagonista de la evangelización, la predicación franciscana siempre ha estado abierta a su influjo, que ningún esquema homilético puede contener. De igual manera san Francisco unía la palabra a los gestos y estos, en ocasiones, sustituían a aquella, ambos eran gestos muy jelocuentes! Varias formas de predicación del pasado, no pueden ser propuestas actualmente, porque respondían plenamente a las exigencias del pueblo en un tiempo determinado. Tampoco pueden ser repetidas materialmente, a causa de la distancia cultural, sin embargo, nos estimulan a buscar nuevas formas de inculturación de la palabra de Dios en nuestro tiempo.

Sugerencias para la reflexión sobre esta dimensión

1. Leer, meditar y confrontarse:

- *Mc* 3,13-19; *Lc* 10, 1-24; *Rm* 10, 14-17; *1Cor* 9,15-18.
- *Rnb* 17, 1-7; *Rb* 9.
- *CCGG* 22, 83, 100, 102, 103, 99; *Llenar la tierra con el Evangelio de Cristo* 49, 50, 58, 62, 63, 68, 84, 85; *Ratio Formationis Franciscanae* 12; 27; 29; *Ratio Studiorum OFM* 63-66; *El Señor nos habla en el camino* 14; 17.
- *Evangelii Nuntiandi* 11-12; 43; *Novo millennio ineunte* 39-40; *Vita consecrata* 94; *Caminar desde...*, 24.

31 San Buenaventura, *Sermoni dominicali*, 17, 1, Città Nuova Editrice, Roma 1992; «primum est scientia regulans, secundum est facundia exprimens et tertium esta vita utrumque confirmans. Proponere enim verbum Dei sine scientia regulante est periculosum, sine facundia exprimere est infructuosum et sine vita utrumque decorante est ignominiosum» (*Dominica III in Quadragesima, Sermo 1, Introductio*, in *Opera Omnia*, IX, 222 a, Ed. Quaracchi).

2. ¿Cuáles aspectos de esta dimensión están presentes en la vida de la Fraternidad y de la parroquia? Después de un discernimiento comunitario asumir y reforzar algunas iniciativas.

2. Adoradores en espíritu y verdad con todas las criaturas (liturgia)

«Así, pues, os suplico a todos vosotros, hermanos, besándoos los pies y con la caridad que puedo; que manifestéis públicamente toda la reverencia y todos el honor que os sea posible al santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo» (CtaO 12).

San Francisco vive los misterios de Cristo (cf. 2C 217), presentes y operantes en la liturgia, haciendo del Señor el centro de toda su existencia. Tal centralidad de Cristo el Poverello la experimenta en la liturgia, que celebra no solamente según las disposiciones de la Iglesia, sino abriéndose a las inspiraciones del Espíritu, verdadera alma de cualquier acción o gesto litúrgico, en una creatividad verdaderamente admirable, en donde toda su persona, incluso el *hermano cuerpo*, encuentran un espacio adecuado. Por ejemplo: Continuamente leía, lloraba, oraba y revivía la pasión del Señor (*Test* 4-5; *LM* 4,3; 13,1; *TC* 14). El Espíritu le sugería los diversos lenguajes con los cuales celebrar su relación con Dios, de hecho, es el Espíritu del Señor, que habita en sus fieles, es el que los hace templos suyos, de tal manera que puedan adorar al Padre en espíritu y en verdad (cf. *Rnb* 21,30; *Adm* 1, 12; *1CtaF* 1,6; *2CtaF* 2, 48). Francisco estaba completamente convencido: para él, de hecho, las palabras predicadas del Evangelio son «palabras del Espíritu Santo» (*2CtaF* 3) y «anhelar tener el Espíritu del Señor y su santa operación» por encima de toda cosa constituye la máxima aspiración para todo cristiano (cf. *Rb* 10,8). Por esto proclama la prioridad del espíritu de oración y devoción al que las demás cosas temporales deben servir (cf. *Rb* 5,2).

2.1. FRATERNIDAD EUCARÍSTICA

Francisco contempla en la Eucaristía el nacimiento cotidiano del Hijo de Dios que se dona a sus hermanos como comida, realizando de tal manera su presencia real en medio a los hombres hasta el fin de

los tiempos (cf. *Adm* 1). Para él, «la centralidad de la Eucaristía» es «una realidad viva, recomendada expresamente a toda la Orden»³². De hecho, Francisco afirma: «Y nada tenemos ni vemos corporalmente en este mundo del Altísimo mismo sino el cuerpo y la sangre, los nombres y las palabras, por los que hemos sido hechos y redimidos, pasando de la muerte a la vida» (*1CtaCle* y *2CtaCle* 3; cf. *Test* 10). Y todavía, de acuerdo con las convicciones de su tiempo, quiere que «en los lugares en que habitan los hermanos, se celebre solo una misa al día según la forma de la santa Iglesia» (*CtaO* 30). Y en diversas ocasiones recomienda la comunión del cuerpo y la sangre de Cristo (cf. *Rnb* 20,5; *Adm* 1,12-13; *1CtaF* 1,3; 2, 2; *2CtaF* 22-24; 63; *CtaO* 17-19).

Al ejemplo de Francisco, la Fraternidad entiende vivir la liturgia como «cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza»³³ según cuanto nos ha sido enseñado por el Concilio Vaticano II. Y, en particular, vivir las palabras de Cristo y el don que él hace de sí mismo en la Eucaristía, como dos realidades inseparables que constituyen la raíz de la comunidad franciscana y parroquial.

Cuado la Fraternidad se centra sobre la Eucaristía:

- *Se forma y se constituye* a la mesa de la Palabra y del Pan de vida. Respecto al nexo entre Palabra y Eucaristía, afirma el ministro general: «quiero recordar también a los hermanos que hay una relación íntima y profunda entre la Palabra de Dios y comunidad eucarística, entre obediencia a la Palabra de Dios y vida de la comunidad que celebra la Eucaristía, entre fuerza de la fe y apego a la Palabra del Señor, entre discernimiento de la voluntad de Dios y meditación asidua de su Palabra»³⁴. Y aunque al inicio del Sínodo sobre la Palabra, el Relator inicial afirmó: «Que sea bajo forma de la Palabra que hay que creer o de la Carne que hay que comer, la Palabra proclamada y la Palabra pronunciada sobre las hostias participan en un mismo evento sacramental»³⁵.

32 *Llenar la tierra con el Evangelio de Cristo*, 77; centralidad, continúa el texto, que «prolonga su centralidad en el sacramento de la reconciliación, el cual nos conduce, en Cristo, a la reconciliación con todas las criaturas» (79).

33 *Sacrosanctum Concilium*, Constitución sobre la sagrada liturgia del Concilio Vaticano II, 1963, 10.

34 J. R. Carballo, *Con lucidez y audacia*, Informe al Capítulo general extraordinario, 2006, 35.

35 Card. M. Quillet, *Relación del relator general del Sínodo de los Obispos de la Palabra*, 6 de octubre de 1008, II, 1a.

- Aprende *el arte de la comunión fraterna*, de la hospitalidad recíproca, del respeto por la diversidad de Hermanos que hay que aceptar «en su propia realidad» (CCGG 40). Es una especie de *gramática litúrgica* que hace eucarística la vida en Fraternidad.
- *Nutre su espíritu de minoridad*, a semejanza de Francisco que veía en la Eucaristía como una humillación donde se manifiesta la voluntad de Dios: «¡Oh admirable celsitud y asombrosa condescendencia! ¡Oh sublime humildad! ¡Oh humilde sublimidad, que el Señor del universo, Dios e Hijo de Dios, se humilla hasta el punto de esconderse, para nuestra salvación, bajo una pequeña forma de pan!» (CtaO 27-29; Adm 1,16-18). De esta contemplación de un Dios “menor”, nace fácilmente el amor preferencial por los pequeños y los “menores”, imagen elocuente de la humildad divina.
- Extraer – sacar – tomar su *fuerza para la evangelización* con la conciencia de que ninguna obra puede ser edificada sin el fundamento de la eucaristía, que «es la *fuerza* y, al mismo tiempo, la *cumbre* de toda la evangelización»³⁶. En efecto, el impulso misionero «es parte constitutiva de la forma eucarística de la vida cristiana»³⁷.
- Adquirir *la fuerza del perdón* para darlo y para recibirlo, especialmente a través de la oración que el Señor nos ha enseñado: «perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden». Existe una pedagogía del perdón, «porque el hombre que perdona o pide perdón comprende que hay una Verdad más grande que él»³⁸. A fin de que el acto interno del perdón sea una disposición estable, debe estar impulsado por la experiencia del amor misericordioso de Dios³⁹.
- Aprende *el método de la encarnación*, que es aquel que hace pasar la Palabra a la vida, eliminando el frecuente riesgo de separar el orar del hacer. Las inefables palabras que constituyen el corazón mismo de la fe cristiana –y la Palabra se hizo carne– son también la insuperable enseñanza de lo que hay que hacer con la Palabra recibida: debe convertirse en *carne*.
- Intercambiándose el *signo de la paz*, es como se vuelve día con día

36 Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, Carta encíclica, 2003, 22.

37 Benedicto XVI, *Sacramentum caritatis*, Exhortación apostólica post-sinodal, 2007, 84.

38 Juan Pablo II, *No hay paz sin justicia, no hay justicia sin perdón*, Mensaje para la celebración de la XXXV Jornada Mundial de la Paz, 1º de enero 2002, 13.

39 Cf. Congregación para el Clero, *El Presbítero: Maestro, ministro y guía*, Carta circular, 1999, III, 3.

una Fraternidad de paz, una paz que se vive al interno y por ello la puede compartir con verdad y alegría.

- Consciente del íntimo nexo entre el Pan de vida y el pan cotidiano, ella crece en la *solidaridad hacia los pobres y el compromiso por la justicia y por la integridad de la creación*.

2.2. LA FRATERNIDAD EVANGELIZA CON LA LITURGIA

Nuestra Orden ha sido descrita recientemente como una *Fraternidad-contemplativa-en-misión*. En esta expresión se encuentra contenida de manera consiente que el anuncio del Evangelio es nuestra razón de ser y la convicción de que las raíces de la evangelización están inervadas en la contemplación. Solamente un corazón rico de Dios puede hablar de Él. Pero el estar con Él, ya constituye una admirable evangelización que una parroquia puede ofrecer a los propios fieles.

La Fraternidad evangeliza de diversas maneras a través de la Liturgia, sobre todo haciendo memoria de nuestra rica tradición espiritual y pastoral. En ella encontramos una constante: el permanente cuidado de ofrecerles a los fieles algo que les haga “tangible” la unión entre la mente y el corazón a los misterios del Salvador. Solo algunos ejemplos: el Nacimiento de Greccio, la viva atracción por el Crucifijo, el Nombre de Jesús, el Vía Crucis, la adoración al Santísimo Sacramento, las cuaresmas, las jaculatorias, una especial veneración a la Inmaculada Virgen María, la devoción a los Ángeles y a los Santos.

Para evangelizar al pueblo de Dios a través de la liturgia y el «arte de la oración»⁴⁰, y teniendo presente la multiforme riqueza de la tradición franciscana y su capacidad creativa, se sugieren las siguientes orientaciones:

- *Especial atención a las celebraciones y a la espiritualidad eucarística*. La mejor catequesis evangelizadora sobre la Eucaristía es la misma celebración, la cual debe ser realizada dignamente. Y «entre las numerosas actividades que desarrolla una parroquia ninguna es tan vital o formativa para la comunidad como la celebración dominical del día del Señor y de su Eucaristía»⁴¹. El mismo san Francisco, antes que «a la cantidad de formas» de devoción, enseña a privilegiar «la cualidad del culto» eucarístico, a fin de que sea «un encuentro que

40 *Nuovo millennio ineunte*, 32.

41 Juan Pablo II, *Dies Domini*, Carta apostólica, 1998, 35.

eleve y transforme bajo la acción del Espíritu, abriendo el camino a la experiencia mística del sacramento»⁴². ¿Cómo no recordar, a este propósito, las multitudes de fieles que participaban en las misas celebradas por nuestros Santos, en donde las apasionadas celebraciones eran en sí mismas una elocuente y espléndida homilía?

- *Darle reverencia y honor al sacramento eucarístico*, teniendo presente las palabras de Francisco: «especialmente los que los administran sin discernimiento, consideren en su interior cuán viles son los cálices, los corporales y los manteles en los que se sacrifica el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor» (2CtaCle 4). El amor que Francisco y Clara tenían por la Eucaristía se evidencia en sus escritos a través de miles de cuidados y tiernísimo afecto al Cuerpo y la Sangre del Señor, pues es lo único que tenemos y vemos corporalmente en este mundo del Altísimo (cf. *Test* 10; 1 y 2CtaCle 3; *LegC* 28). El testimonio de ellos nos alcanza y nos exhorta a procurarles «toda la reverencia y todo el honor que os sea posible al santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo» (CtaO 12).
- *Reservarle un lugar importante* a la oración en parroquia, a la *Liturgia de las horas*, «la oración de la Iglesia por excelencia, destinada a marcar el paso de los días y de los tiempos del año cristiano que ofrece, sobre todo con el Salterio, el alimento espiritual cotidiano del fiel»⁴³. Por lo tanto, la Fraternidad que ora en parroquia se siente estimulada a garantizar el rezo de la Liturgia de las Horas, sobre todo de las laudes por la mañana y las vísperas por la tarde, ya que alimentan de manera eficaz la vida espiritual del pueblo de Dios⁴⁴.
- *Crear diversas y nuevas formas de celebraciones* y de maneras para compartir la fe. Una praxis recomendada por la tradición de la Iglesia es la *Lectio divina* o lectura orante de la Palabra, la cual, como nos lo recuerda el Ministro general, «es un camino hacia Dios y, como todo camino, también ella ha de ser proporcionada al paso, fuerzas y ritmos del caminante», cuyo resultado es «el encuentro con Dios a través de la Palabra leída, escuchada, acogida, orada,

42 R. Falsini, *Eucaristia*, en *Dizionario francescano*, Ed. Messaggero, Padova 1995, 623, 611-639.

43 *La palabra de Dios en la trama de la historia*, Mensaje al pueblo de Dios del Sínodo de Obispos, 2008, 9.

44 Cf. Pablo VI, *Laudis canticum*, Constitución apostólica, 170, 8; Congregación para el Culto divino, *Principios y normas para la Liturgia de las Horas*, Decreto, 1971, 40.

contemplada y vivida en los días feriales de nuestra existencia»⁴⁵.

- *Unir la liturgia y la vida.* Siguiendo el ejemplo de Francisco que llevaba la vida concreta a la liturgia y convertía en oración la vida cotidiana, de igual manera la parroquia debe de convertirse en la “palestra” en donde se aprenda a hacer el paso de la liturgia a la vida concreta de los hombres, de manera que los fieles, regenerados por la celebración, se sientan motivados a comprometerse en la edificación del Reino en la realidad en donde se encuentran inmersos.
- *Preparar lugares adecuados para la meditación.* Como oasis de silencio, de paz. En los espacios parroquiales, junto a los lugares dedicados a los encuentros, sería bueno reservar algún lugar para la oración personal; y donde sea posible, un ambiente en donde la naturaleza pueda ayudar al espíritu a que se regenere y se reencontre en armonía con la creación y con el Creador. De hecho, solo en la intimidad con Él se puede comprender el significado de la vida, y se puede llegar a experimentar la alegría que hizo exclamar a Pedro en el monte Tabor: «Maestro, ¡qué bien se está aquí!» (Lc 9, 33)⁴⁶.
- *Valorizar la religiosidad popular,* como fuente de espiritualidad y como camino hacia la inculturación, «dado el creciente anhelo de los pueblos por vivir y celebrar su fe con formas adecuadas a su idiosincrasia» (CCGG 92 §2). Por lo demás, es precisamente el genio popular el que ha inspirado numerosas formas de piedad y de devoción, las cuales deben ser valoradas y purificadas sabiamente en el espíritu genuino del Evangelio.
- *Apoyar y sostener la espiritualidad franciscana en las parroquias,* conscientes de la gran riqueza humana y espiritual contenidas en las diversas expresiones de la tradición de la Orden: caminar hacia el Padre, siguiendo las huellas de Jesús, con la fuerza del Espíritu (cf. CtaO 50-52).
- *Promover celebraciones de carácter ecuménico,* asumiendo el “espíritu de Asís” y favoreciendo encuentros de oración con los seguidores de las diversas religiones, que se preocupan por la paz del mundo.
- *Encontrar las vías pedagógicas adecuadas para la celebración de la reconciliación,* tanto para el sacramento de la Penitencia, como para fraguar en los fieles un espíritu de reconciliación con Dios, con los hermanos, con la creación.

45 *Mendicantes de sentido, de la mano de la Palabra*, 25.

46 Cf. Juan Pablo II, *Spiritus et Sponsa*, Carta apostólica en el XL Aniversario de la Constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la Sagrada Liturgia, 2003. 11.

- *Ofrecer sencillez y hospitalidad.* Toda la liturgia debe inspirar la belleza de la simplicidad, no solo en las acciones litúrgicas, sino también en los espacios sagrados, conventos y zonas limítrofes, para favorecer el espíritu de hospitalidad, en un clima confortable y sereno.
- *Recordar que* «La obra pastoral de mayor relevancia es, sin duda alguna, *la espiritualidad*. Cualquier plan pastoral, cualquier proyecto misionero, cualquier dinamismo en la evangelización, que prescindiese del primado de la espiritualidad y del culto divino estaría destinado al fracaso»⁴⁷. Pero no solo eso, sino también que el ojo entrenado a la contemplación es el que ve mejor lo que hay que hacer, porque ha adquirido «*una especie de instinto sobrenatural*»⁴⁸ para ver más allá de las apariencias, para orientar hacia verdaderas opciones evangélicas.

Sugerencias para reflexionar sobre esta dimensión

1. *Leer, meditar y confrontarse:*
 - *Jn 4, 21-24; 13, 1-20; Mt 26, 26-29; 1Cor 11, 17-27.*
 - *Adm 1, 8-23; 3; CtaO 23-37.*
 - *CCGG 19; 20; 21; Llenar la tierra..., 78; Ratio Formationis..., 13; 14; 15.*
 - *Evangelii... 47; 48; Nuovo millennio..., 32-37; Vita consecrata 95; Caminar desde..., 26.*

2. *¿Cuáles aspectos de esta dimensión están presentes en la vida de la Fraternidad y en la de la parroquia? Después de un discernimiento comunitario asumir o reforzar algunas iniciativas.*

47 Congregación para el Clero, *El Presbítero, pastor y guía de la comunidad parroquial*, Instrucción, 2002, 11.

48 Juan Pablo II, *Vita consecrata*, Exhortación apostólica post-sinodal, 1996, 94.

3. Signos y constructores de comunión (*koinonía*)

«Buscando tener con todos los hombres la misma comunión fraterna que ellos cultivan entre sí» (CCGG 87 §1).

Francisco, pensando en el Hermano Menor ideal, lo describe de la siguiente manera: «sería buen hermano menor aquel que conjuntara la vida y las cualidades de estos santos hermanos: la fe del hermano Bernardo... la sencillez y pureza del hermano León... la cortesía del hermano Ángel... la presencia agradable y el buen sentido del hermano Maseo, que con su conversación elegante y devota...» (EP 85). Es en la Fraternidad, y todavía más, en esta concreta Fraternidad en donde vive el verdadero Hermano Menor, el cual tiene precisamente las características de cada uno de los que la componen.

Es la consecuencia lógica de cómo Francisco anhelaba que fuera su Orden: «Quiero que esta fraternidad se llame Orden de Hermanos Menores» (1C 38; cf. CCGG 1, §1). Es decir, es la fraternidad, la que constituye el elemento esencial de nuestro carisma, cualifica las relaciones entre los miembros del grupo formado entorno a Francisco e indica la modalidad tradicional de este grupo con el mundo externo. Por lo tanto, el título del capítulo III de las Constituciones, «Todos vosotros sois hermanos» (Rnb 22,23), al mismo tiempo que evoca encuentros orígenes, encuentra su explicitación en el título del capítulo V de las mismas Constituciones, «para esto os envió Dios al mundo» (CtaO 9). Este es nuestro modo de ser y de estar en la Iglesia y en el mundo⁴⁹.

3.1. LA FRATERNIDAD TESTIMONIO DE COMUNIÓN

El Papa Juan Pablo II, en su Carta *Novo Millenio Ineunte*, entre las prioridades que cita para «ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo», existe aquella de «promover una espiritualidad de la comunión»⁵⁰ porque «es la comunión (*koinonía*), que encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia»⁵¹. Y en la Exhortación apostólica *Vita consecrata* el Papa había ya confiado a las personas consagradas la tarea «de fomentar la espiritualidad de la comunión, ante todo en su interior y, además, en la comunidad eclesial

49 Cf. A. Boni, *Fraternità*, in *Dizionario francescano...*, 715-739; *Con lucidez y audacia...*, n. 37ss.

50 *Novo millenio ineunte...*, 43.

51 *Novo millenio ineunte...*, 42.

misma y más allá aún de sus confines, entablando o restableciendo constantemente el diálogo de la caridad»⁵².

Los Hermanos Menores también podemos y debemos dar nuestra contribución a la *escuela de la comunión*, en la pastoral parroquial, porque nacimos como Fraternidad-contemplativa-en-misión: una Fraternidad en donde se vive la comunión y se forma a la comunión; una Fraternidad que se nutre de la misma mesa de la Palabra; una Fraternidad que tiene su razón de ser en el difundir esta Palabra.

Esto sucede concretamente:

- con el ser *comunidad de hermanos* que se quieren bien en el Señor, que le dan el primado a la Palabra de Dios, que se encuentran en la mesa de la eucaristía, que oran en comunión y que están juntos, compartiendo incluso los mementos de trabajo y de programación, de participación y de evaluación. Hoy más que nunca también son necesarios los *testimonios de comunión* en los santos, hay necesidad de tener personas consagradas «expertas en comunión»⁵³, «forjadas interiormente por el Dios de la comunión»⁵⁴;
- con la *participación de todos los miembros de la Fraternidad*. El testimonio de vida puede y debe ser dado por todos los Hermanos que la componen, clérigos y laicos, jóvenes y viejos, sanos y enfermos, en la diversidad de compromisos y en la valorización de los carismas;
- con la realización de un *equilibrio entre espacios y tiempos* exigidos por la Fraternidad y por los compromisos requeridos por la Pastoral. Este es un gran desafío de nuestros tiempos. El ejemplo de Jesucristo y de san Francisco, que, además del inmenso apostolado, sabían dedicarle a Dios y a los hermanos momentos apropiados para la oración y para la comunión fraterna, nos será de ayuda en las difíciles tareas de atemperar con sereno equilibrio los tiempos de ser y de hacer, *ad intra* y *ad extra*.

3.2. LA FRATERNIDAD AL SERVICIO DE LA COMUNIÓN

La Fraternidad que vive en su interno una verdadera comunión, humana y espiritual, debe de estar al servicio de la comunión de todos, comenzando por los parroquianos. En particular, para desarrollar tales servicios deberá ser una Fraternidad:

52 *Vita consecrata...*, 51.

53 *Vita consecrata...*, 46.

54 *Cominar desde Cristo...*, 28.

- *de comunión y de diálogo*, en donde se viva una verdadera catolicidad, en actitud de apertura a la solidaridad y a la fraternidad universal; una Familia religiosa que sea movida por el espíritu misionero, que esté atenta a la interacción entre espacio y territorialidad, a la formación de una comunidad multicultural, a la colaboración con otras parroquias y con la Iglesia diocesana;
- con un *proyecto pastoral*, pensado y vivido como Fraternidad, en donde cada uno puede ofrecer su propia contribución, partiendo del ser miembro de la Fraternidad. Ni el guardián, ni el párroco, han recibido el conjunto de carismas, sino el carisma del conjunto, es decir, la capacidad de valorar el talento de cada uno. Del mismo modo, la relación entre las dos figuras del guardián y del párroco – vista frecuentemente como una cuestión sin resolverse o por lo menos difícil de resolver en una Fraternidad que desempeña el servicio parroquial – podrá formarse solo en lógica de la comunión;
- en donde se viva la *corresponsabilidad*. Una Fraternidad que viva en su interno la corresponsabilidad entre todos los Hermanos, tendrá la capacidad de ser exportadora de los valores de la comunión: responsabilizando a los fieles laicos; promoviendo la diversidad de los dones, de los carismas personales, de los ministerios; valorizando la relación con los movimientos eclesiales; dándoles la justa importancia a los diversos Consejos parroquiales;
- que sepa *colaborar con la Familia Franciscana*. Los Hermanos de la parroquia deben promover con especial cuidado la presencia de la OFS y de la JuFra, respetando su autonomía y al mismo tiempo ofreciéndoles la necesaria formación y las orientaciones que les permita insertarse de manera eficaz en la acción pastoral de la parroquia, difundir la espiritualidad franciscana seglar y comprometerse en favor de los valores del Reino en las realidades específicamente seculares. La presencia de la JuFra representa otra posibilidad para los jóvenes que buscan darle sentido a su vida, tener sólidas experiencias espirituales, un encuentro con el Evangelio, y la posibilidad de insertarse en la vida de la Iglesia;
- consciente de ser *enviada por la Fraternidad provincial* y de vivir en comunión con ella, en la lógica del Proyecto provincial de evangelización; que vive una relación de comunión y participación constructiva con la Diócesis: cultivando sobre todo: «una relación efectiva y afectiva con los Pastores», sin olvidar nunca que «amar a Cristo es

amar a la Iglesia en sus personas y en sus instituciones»⁵⁵, como lo hizo san Francisco; después, con la participación y la colaboración, sobre todo acogiendo las directrices y los programas pastorales que deben ser asumidos y vividos según el estilo franciscano. Dicho estilo debe de estar bien evidenciado en el Convenio estipulado entre la Diócesis y la Provincia, con el fin de salvaguardar nuestro carisma, que es un don del Espíritu a su Iglesia (EEGG 53)⁵⁶.

- que use *la metodología del “nosotros”*. Esta consiste en el imprimir el espíritu de fraternidad, de diálogo y de comunión a todos los aspectos de la pastoral parroquial: en la metodología de los proyectos, en la manera de organizar la comunidad, en la relación con los otros grupos sociales de la localidad, con las otras religiones, con las diversas culturas.

Sugerencias para la reflexión sobre esta dimensión

1. Leer, meditar y confrontarse:

- *Jn* 15, 1-17; *Mt* 18, 15-22; *1Cor* 12,1-30.
- *Rnb* 5; *Rb* 10; *TestS* 3.
- *CCGG* 38; 39; 40; 42; 52; 55; *Llenar la tierra...*, 69-72; 86-87; *Ratio Formationis...*, 19-21; *El Señor nos habla...*, 31.
- *Evangelii...*, 77; *Vita consacrata* 41-42; 46; 48-52; 54-56; *Caminar desde...*, 28-32.

2. ¿Cuáles aspectos de esta dimensión están presentes en la vida de la Fraternidad y en la vida de la Parroquia? Después de un discernimiento comunitario asumir o reforzar algunas iniciativas.

55 *Caminar desde Cristo...*, 32.

56 Cf. Congregación para los Religiosos e Institutos Seculares y Congregación para los Obispos, *Mutuae relationes*, Notas directrices, 1978, 57b. Según nuestra legislación y la de la Iglesia, los convenios entre el Obispo y el Ministro Provincial, a quien le corresponde la aceptación de las parroquias, no es facultativa: se debe hacer por escrito y debidamente formada por los contrayentes. Los objetivos o finalidades: indicar la responsabilidad y derechos de la Provincia, de la Fraternidad y del Párroco, así como también las obligaciones y los derechos del Obispo diocesano; sobre todo, salvaguardando la identidad de nuestro carisma. De hecho, debemos animar la parroquia como Hermanos Menores.

4. Contentos entre los pobres y promotores de paz (*diaconía*)

«Pero el Señor mismo me llevó entre ellos [los leprosos], y practiqué con ellos misericordia. Y, al separarme de ellos, lo que me parecía amargo se me convirtió en dulzura del alma y del cuerpo» (Test 2-3).

«Y deben gozarse cuando viven con gente baja y despreciada, con los pobres y débiles, con los enfermos y los leprosos, y con los mendigos que están a la vera del camino» (Rnb IX, 2).

«El Señor me reveló que dijésemos este saludo: El Señor te dé la paz» (Test 23).

La Palabra y la liturgia tienen su natural desarrollo en la caridad. Entre Palabra, liturgia y caridad existe una profunda interacción, como podemos constatar en la persona del Señor Jesús: su ser Verbo revelador se ha convertido en suma liturgia al ofrecerse como «sacerdote, víctima y altar» e insuperable caridad, en cuanto que «en su vida mortal pasó haciendo solo el bien y sanando a todos aquellos que estaban prisioneros del mal»⁵⁷. En la vida de san Francisco también encontramos este profundo nexo: la Palabra recibida y meditada, se enaltece en apasionada celebración y se concretiza en el amor fraterno.

La caridad de san Francisco se dirige particularmente hacia los últimos de la sociedad, hacia los menores que son fácilmente descartados o rechazados o relegados porque cuentan poco, por su condición de enfermos o débiles o mendicantes. En ese amor preferencial por los últimos, Francisco pretendía honrar al Altísimo que quiso escoger la *vía de la minoridad*, tanto en la encarnación como en el sacramento del altar en donde se ha querido humillar hasta el punto de esconderse «bajo una pequeña forma de pan» (CtaO 27). El Poverello quiso tomar el estilo de Dios que se despojó de sí mismo y tomó la condición de siervo, y se humilló y se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz (cf. *Fil* 2,5-8), fue «pobre y huésped y vivió de limosna, como también la bienaventurada Virgen y sus discípulos» (Rnb IX, 5). Por eso él estaba completamente decidido a seguir el ejemplo del Señor y motivaba a sus Hermanos a que se empeñasen en hacer lo mismo: «empéñense todos los hermanos en seguir la humildad y pobreza de nuestro Señor Jesucristo» (Rnb 9,1).

57 V Prefacio De Pascua; VIII Prefacio común.

«Paz entre cielo y tierra, paz entre todos los pueblos, paz en nuestros corazones», así canta el Himno de Laudes del Domingo, que parece fotografiar el corazón pacificado y pacificador de Francisco el cual quería darle a todos el saludo-mensaje de paz, que le fue revelado por el Señor: «El Señor te dé la paz» (*Test* 23). Convencido de que solo de Dios viene la paz verdadera, se sentía de tal manera lleno de este don de Dios, que quería hacerse heraldo de paz hacia todos.

4.1. LA FRATERNIDAD TESTIMONIO DE MINORIDAD

La minoridad describe las modalidades de como debe ser una Fraternidad franciscana en la parroquia. Ella debe resplandecer en el modo de ser y de vivir de los Hermanos mediante una vida pobre, conducida por la humildad, caracterizada por la confianza en Dios, capaz de compartir y de solidarizar con los más pobres y sufrientes, poniéndose gozosamente al servicio de todos y teniendo como modelo delante de los ojos el icono del lavatorio de los pies.

Además, los hermanos que trabajan en parroquia deberán cada uno, con humildad, considerar a los demás como superiores a sí mismo (cf. *Fil* 2,3), de esta manera podrán ser instrumentos de paz y de justicia, empeñados en la promoción humana, estudiando y haciendo conocer la doctrina social de la Iglesia, educando a la paz y promoviéndola en donde existen situaciones de conflicto, dando testimonio de estar cercanos a los pobres, a los enfermos, a los que sufren, a los excluidos, investigando las causas y los medios para ayudarles a alcanzar una vida digna, cultivando siempre la conciencia de estar en misión en el corazón del mundo.

Una parroquia confiada a los Hermanos Menores encuentra en la minoridad una inagotable riqueza que ofrecer: un Dios “menor” que se hace niño, que pide prestado los vestidos de la carne, que transita por las calles del mundo como peregrino y extranjero, que no tenía donde reposar la cabeza, que se deja capturar y crucificar y muere por amor a sus hermanos, que se dona cada día como alimento de vida: ¿Quién puede temerle a un Dios así? Sobre todo el anuncio de un Dios que salva, que se hace siervo para tocar las cuerdas más profundas del corazón humano, solo un Dios así podrá conmover incluso a los corazones más endurecidos. Conscientes de esta inefable gracia, los Hermanos tratarán de todos las maneras de que dicho anuncio se realice primero con el testimonio de la vida y después con las palabras, de vivir, por tanto, la minoridad como un estilo que el mismo Dios encarnado quiso

hacer suyo. Y eso sin gloriarse ni exaltarse de las palabras y obras buenas que Dios dice y obra en ellos y por ellos, sino restituyéndole todo a Él, que es el verdadero autor de todo bien (cf. *Rnb* 17,6; *Adm* 2,3; 8,3; 17,1; 18; 21,2; 28,1).

2. Una fraternidad que sirve en el corazón del mundo

«Y, cual peregrinos y extranjeros en este mundo, sirviendo al Señor en pobreza y humildad» (*Rb* 6,2).

Nosotros vivimos la Fraternidad como menores en el corazón del mundo, compartiendo los signos de la vida y de la muerte, sobre todo de los más pobres, proponiendo de esta manera «*el modo de existir y de actuar de Jesús*»⁵⁸. La parroquia, conducida según el estilo de minoridad franciscana deberá tener siempre delante de los ojos el ejemplo del Señor Jesús que se despojó para servir y se humilló para obedecer el proyecto del Padre. El grande don de la minoridad que el Señor le ha dado a la Iglesia y al mundo a través de Francisco y sus hijos infunde a la pastoral parroquial un carácter especial e inconfundible, que se convierte en un gran testimonio y en un fuerte mensaje evangélico.

Para vivir la minoridad en el servicio parroquial, se requiere ser:

- *menores en actitud de servicio entre la gente*. En efecto, estando entre la gente, nos envolvemos más, nos ponemos en el lugar de los otros, se entiende más y se comparte mejor. El compartir la vida con los demás, nos permite, además, reapropiarnos de la primera vía de la evangelización que es el *contacto personal*: una vida pobre, que no tiene necesidad de demasiados instrumentos, y sin embargo es eficazísima, siguiendo en todo al buen pastor que siempre le dio más importancia al encuentro con las personas;
- *signos de relación*. Esto comporta: promover una evangelización que profundice la relación entre el mundo y la fe; entre la vida social y la vida de fe, entre la política en sentido amplio y el Evangelio; formar en al compromiso socio-político y cultural, según las orientaciones de la doctrina social de la Iglesia y según la visión franciscana de la persona humana; del poder de la paz, de los bienes, de la naturaleza; poner especial cuidado en la colaboración con la OFS

58 *Vita consecrata...*, 22.

y la JuFra, sobre todo en el compromiso por la promoción humana y la presencia en la sociedad, también como forma de servicio organizado; implicando a los profesores, a las personas de cultura y a los políticos, motivándolos a los valores del Reino e interesándolos a participar activamente en la programación abierta y solidaria de la parroquia;

- *austeros y alegres*. Esto quiere decir: no confiar en medios potentes y costosos, ni siquiera para las obras humanitarias o de desarrollo social, sino preferir sobre todo medios pobres, inclusive para hacer denuncias proféticas de las formas de adorar a los ídolos del mundo de consumo; por lo demás, cuidar la cultura de la sobriedad, de lo esencial, con la consecuente alegría que deriva del estar libre de las cosas;
- *pobres*. Los Hermanos que prestan sus servicios en parroquias, deben de recordar que la vida religiosa es una «exégesis viviente» de la página evangélica sobre el juicio final (cf. *Mt 25, 31ss*), por ello, deben de preocuparse de los hambrientos, sedientos, forasteros, enfermos, encarcelados, y de cuantos padecen necesidad. Tales cuidados con los pobres «que son nuestros maestros» (*CCGG 93 §1*), serán realizados no tanto como forma de asistencia social, sino de acercamiento, de presencia, de escucha, de promoción humana, de organización con la contribución de todos, de solidaridad y de diversas formas. Se trata prioritariamente de un andar al encuentro, de dedicar tiempo, de gastar energías de mente y corazón, para buscar juntos solucionar problemas. Eso solamente será posible si la parroquia vive «libre de obstáculos y dependencias», «pobre y amiga de los más pobres, acogedora de cada persona y atenta a toda forma, antigua o nueva, de pobreza»⁵⁹. Una premura debe de ser reservada para las realidades de los “sin”: sin trabajo, sin tierra, sin techo, sin documentos, sin educación, y también de los drogadictos, de los portadores de SIDA, de aquellos que son constreñidos a la prostitución, de personas o categorías socio-culturales descartadas por aquellos que rigen los destinos políticos. El espíritu que debe animar todos estos compromisos constituye nuestro *propium*, que es el de vivir las huellas de Cristo pobre;
- *fermentos de fraternidad*, para abrir a la comunidad eclesial a la realidad circundante, para ser fermentos de fraternidad, de com-

59 Juan Pablo II, *Ecclesia in Europa...*, 105.

promiso por la vida, por la paz, por la justicia, por los pobres, por el diálogo ecuménico, interreligioso e intercultural, buscando en las otras religiones y culturas «las semillas del Verbo y la secreta presencia de Dios» (CCGG 93 §2); para ofrecerles a los laicos cristianos una adecuada educación en vistas de una presencia activa en la sociedad, incluso con empeño político;

- *cantores de la creación*. De manera particular, en orden a la salvaguarda de la creación, una parroquia animada franciscanamente deberá alzar la voz contra la depredación de *nuestra hermana la madre tierra*, haciendo propias las actitudes que la valorizan y la respetan, siguiendo el ejemplo de Francisco que la contemplaba y le cantaba como cual ostensorio de la belleza de Dios;
- *en el amor del Señor*: Antes de toda iniciativa e implicación, hay que recordar siempre que solo quien vive en el amor de Dios es capaz de atraer y servir de manera eficaz a las personas, especialmente a los pobres y necesitados. De hecho, en su amor, se activa su fuerza, la única capaz de darle eficacia a toda acción pastoral, la cual «no se basa en las capacidades humanas, sino en el poder del Resucitado»⁶⁰.

Sugerencias para la reflexión sobre esta dimensión

1. Leer, meditar y confrontarse:

- Mt 5,1-12; 6,24-34; 20,24-28; Fil 2,1-11.
- Rb 3,10-14; 5; 6; Rnb 4; 5; 6; Test 19-23.
- CCGG 64-71; 93; 96; 97; *Llenar la tierra...*, 120; 121; 149-164; *Ratio Formationis...*, 22-25; 88; *El Señor nos habla*, 28; 35.
- *Lumen gentium* 8; *Gaudium et spes* 40; *Evangelii...*, 29; 30; 31; 37; 38; *Novo millennio...*, 49-52; *Vita consecrate* 82; *Caminar...*, 36.

2. ¿Cuáles aspectos de esta dimensión están presentes en la vida de la Fraternidad y en la vida de la parroquia? Después de un discernimiento comunitario asumir o reforzar algunas iniciativas.

60 Juan Pablo II, *Redemptoris missio*, Carta Encíclica, 1990, 23.

5. Enviados al mundo entero (*missio*)

«Pues por esto os envío al mundo entero, para que de palabra y con las obras deis testimonio de su voz y hagáis saber a todos que no hay omnipotente sino él» (CartO 9).

El Sínodo de la Palabra de Dios en la vida y en la Misión de la Iglesia nos ha recordado que la Palabra tiene una voz, la Revelación; un rostro, Jesucristo; una casa, la Iglesia; un camino, la misión⁶¹. Jesús mismo se ha hecho camino, para caminar al encuentro de todos y sembrarse a sí mismo en el corazón de la humanidad, como Palabra del Padre. Detrás de Él, caminando sobre sus huellas, cada misionero del Evangelio ha recorrido los caminos del mundo para la siembra evangélica. Así sucedió con Francisco que vio en el camino, un eficaz *púlpito* para la proclamación de la Palabra de Dios.

Si para ser discípulos del Señor, es necesario *estar* con él, escuchando y custodiando la Palabra, para convertirse en sus apóstoles es necesario *andar* en su nombre. De tal manera que el *estar* y el *andar* estén ligados a una relación vital, en donde cada uno de los momentos resulta indispensable al otro: para poder andar a anunciar, primero se necesita *estar* con la Palabra y, de la misma manera, el *estar* con la Palabra pone en movimiento los pies para *andar* a anunciarla.

5.1. LA FRATERNIDAD VIVE LA MISIÓN

Desde el inicio, Francisco tuvo claro cuál era la finalidad de la Orden por él fundada «Marchad, carísimos, de dos en dos por las diversas partes de la tierra, anunciando a los hombres la paz y la penitencia para remisión de los pecados» (1C 29). ¡Y apenas eran 8! Y no retrocedió de tal convicción ni siquiera de frente a la apremiante invitación del Cardenal Hugolino para que circunscribiera su acción: «Señor, ¿pensáis y creéis que el Señor Dios ha enviado a los hermanos solo para estas provincias? Os digo de verdad: Dios ha elegido y enviado a los hermanos para provecho y salvación de todos los hombres del mundo entero» (LP 108l; cf. EP 65h).

Solamente regresando a los orígenes y haciendo memoria de las numerosas filas de misioneros, que en el curso de los siglos han llenado la tierra con el Evangelio de Cristo, es como la Orden se concibe como una

61 Cf. *Mensaje* final del Sínodo de los Obispos, 2008.

Fraternidad-contemplativa-en-misión: una Fraternidad que mientras está con Dios, continúa siendo Fraternidad de menores enviada a llevar la Buena Nueva a todo el mundo; una Fraternidad que se pone en camino con el mismo programa de Jesús, que se resume en un «corazón que ve»⁶², convencida «de que en lo más profundo del corazón de los hombres, de las culturas y de las religiones de Asia existe sed de “agua viva”»⁶³.

En 1982 Juan Pablo II, dirigiéndose a los Hermanos que se estaban preparando para la misión del pueblo de Roma, pronunció estas palabras «¡Vayan también ustedes a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo! ¡No esperen que ellos vengán a ustedes! ¡Traten ustedes de llegar a ellos! El amor los debe apremiar a esta obra. Las palabras de Jesús: “Id por todo el mundo...” le confieren a la evangelización una universalidad sin confines, y encuentra también una admirable respuesta en vuestra espiritualidad, caracterizada por la itinerancia»⁶⁴. En esa sentida invitación, el Papa nos ha recordado nuestra vocación, la de *andar al encuentro*, de *no esperar*, de *buscar* a nuestros hermanos, subrayando que dicho dinamismo proviene del amor, o mejor dicho del mismo comportamiento de Dios: «En Jesucristo Dios no sólo habla al hombre, sino que lo busca»⁶⁵.

Una Fraternidad parroquial vive y gestiona este dinamismo misionero como una experiencia propia del amor. Rechazando toda tentativa de vida intimista, tratará de todas las formas posibles de que el imperativo de Cristo - «Id» - resuene continuamente en la vida y en las obras. Por ello, toda programación tratará siempre de tener delante de su caminar el “id” de Cristo y de Francisco. Por lo demás, ¿Acaso no es la misión el *paradigma* más iluminador de toda pastoral? ¿Acaso no es la misión el *modelo* más atendible para todo proyecto? Todavía más ¿Acaso no es la misión «la máxima expresión de restitución»⁶⁶ que un Hermano Menor puede ofrecerle a Dios por el don de la vocación?

No podemos ocultar ni disimular el hecho de que en la parroquia no resulta fácil el armonizar el *estar* con el *andar*. De manera particular, existen riesgos de un *estar* que en nada se relaciona con la misiona-

62 Benedicto XVI, *Deus caritas est*, Carta encíclica, 25 de diciembre de 2005, 31b.

63 Juan Pablo II, *Ecclesia in Asia...*, 18.

64 Juan Pablo II, *Discurso a los Franciscanos empeñados en la “Misión popular” de la Diócesis de Roma*, 15 de noviembre de 1982, 6.

65 Juan Pablo II, *Tertio Millennio adveniente*, Carta apostólica, 10 de noviembre de 1994, 7.

66 *Documento de Córdoba* (Argentina), Congreso Latinoamericano OFM, 2008, 4.

riedad. Se trata de tentaciones pastorales que condicionan la gestión franciscana de la parroquia, nublando los horizontes de la Iglesia universal y del mundo entero. Veamos algunas:

- contentarse solamente con los fieles que frecuentan, de conservar lo existente, de congelar las tradiciones, de lo y del como se ha hecho siempre;
- permanecer “cerrados” en las sacristías y en los conventos, reduciendo la pastoral solamente a la celebración de los sacramentos;
- darles demasiada importancia a los aspectos secundarios con lo que se arriesga a que se constituyan en verdaderos peligros, «como la burocratización, el funcionalismo, el democraticismo, o la planificación que atiende más a la gestión que a la pastoral», acumulando, en ocasiones, la pesadez de «un cúmulo de estructuras no siempre necesarias»⁶⁷;
- gastar demasiadas energías en el hacer, en el organizar muchas iniciativas, y muchas menos en formar a las personas;
- enfatizar la dimensión clerical del carisma franciscano;
- no desarrollar la característica franciscana en la administración de la parroquia.

Precisamente para evitar los riesgos de la pastoral de conservación y de clausura, de homologar y de enfatizar algunos aspectos periféricos, la Fraternidad parroquial deberá obrar una especie de *revolución copernicana*, para recuperar con fuerza las dimensiones típicas de nuestra espiritualidad y poder aspirar a asumir, de manera permanente, el estilo franciscano de la misión, recordando siempre que la misión evangelizadora es la razón de ser de la Orden, de esta manera debe convertirse en:

- *Una fraternidad atrayente*, por el testimonio de vida que hace visible y fascinante la persona de Jesús, primer misionero del Padre, difundiendo el perfume y el deseo de la santidad, del cual la gente advierte tanto la necesidad;
- por el empeño de los Hermanos en que antes de ser maestros deben ser verdaderos testimonios del Evangelio, viviendo la beatitud de la corrección fraterna y del «estar a los pies de los demás» (*Adm* 19,4). Una Fraternidad consciente de que la primera opción pastoral es la santidad, de vivir y de proponer a todos el «alto grado» de la vida cristiana⁶⁸.

67 *El Presbítero, pastor y guía de la comunidad parroquial*, 29.

68 *Novo millennio ineunte*, 30-31.

- *Una Fraternidad en camino.* Una fraternidad capaz de dar testimonio, que por una parte atraiga a los fieles, y por la otra esté estimulada por del deseo y el compromiso de andar al encuentro de las familias que no vienen a la parroquia: para escucharlas, animarlas, ser solidarios con ellas y compartirles la propia fe; poniendo mayor cuidado en quienes viven en situaciones de enfermedad, dolor, marginación y que tal vez no tiene otros oídos en los cuales puedan versar sus sufrimientos y de aquellos sectores que aún no han sido iluminados por la luz del Evangelio como el mundo de la comunicación, del arte, de la cultura, de la economía, de la política y del espectáculo⁶⁹. Una Fraternidad, en fin, que se sienta enviada por su Señor, «calzados los pies con el Cielo por el Evangelio de la paz» (Ef 6,15) y en el corazón el deseo de donar la fe, la cual «se fortalece dándola»⁷⁰.
- *Una Fraternidad acogedora,* capaz de celebrar verdaderos encuentros humanos y espirituales, de ofrecer cálida acogida, comenzando con la escucha, con el sacramento de la Reconciliación y con el ministerio de la consolación. Una Fraternidad que sepa acoger incluso a quienes están más allá de los horizontes de la Iglesia: de hecho, «la vida consagrada no puede contentarse con vivir en la Iglesia y para la Iglesia. Se extiende con Cristo a las otras Iglesias cristianas, a las otras religiones, a todo hombre y mujer que no profesa convicción religiosa alguna»⁷¹.
- *Una Fraternidad profética.* A ejemplo de Francisco, que «había convertido en lengua todo su cuerpo» (IC 97), que proclamaba con la vida fraterna, con la liturgia, con la programación común la Palabra que invita, que propone el bien y el bello, que ilumina los valores de la vida; se leva a favor de los pobres, prestando su propia voz a quien no la tiene; que denuncia con valor los males del mundo con «la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios» (Ef 6,17); llena de gestos nuevos, particularmente hoy deben de ser elocuentes para que sean alternativos a aquellos dominantes: cambio del estilo de vida para una más evangélica sobriedad, elección de medios pobres, acercamiento concreto a los marginados, solidaridad con los débiles.
- *Una fraternidad que esté siempre con las “puertas” abiertas,* que sepa conjugar los horarios conventuales con el ritmo de la vida de la gente. Una Fraternidad que, puesto que es peregrina y forastera, nutra

69 Cf. *Redemptoris missio...*, 37.

70 *Redemptoris missio...*, 2.

71 *Caminar desde Cristo...*, 40.

una innata simpatía por los peregrinos y forasteros, de quien se ha extraviado en el complejo callejón de la vida o que se ha entregado al desaliento en los márgenes de la existencia humana.

5.2. LA FRATERNIDAD MISIONERA CONSTRUYE LA PARROQUIA MISIONERA

Estando compuesta por Hermanos, misioneros por vocación y por carisma, la Fraternidad vive en el horizonte universal de la misión, animada del deseo de que todos los habitantes del territorio parroquial conozcan a Cristo y experimenten su Amor. Conscientes de que la evangelización actual debe ser «nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión»⁷², entiende vivir un renovado dinamismo misionero franciscano de introducir en la evangelización parroquial, de manera que se convierta:

- *En una parroquia de misioneros.* La Iglesia «continúa y desarrolla en el curso de la historia la misión del propio Cristo»⁷³, la parroquia quiere edificar en sus confines una porción del Reino de Dios, empeñándose por la reconciliación, el perdón, la paz, la acogida de los extranjeros, la justicia, la verdad. De manera particular, una Fraternidad evangelizadora comparte con la comunidad eclesial su conciencia, su espiritualidad y su dinamismo con el fin de transmitirles a los cristianos la conciencia de su vocación misionera y para suscitar y promover vocaciones para la misión *ad extra*. De esta manera, los laicos evangelizados se convierten a su vez en evangelizadores, misioneros de la misma parroquia y *ad extra*. Una parroquia de misioneros que cada día lo haga suyas con estas tres actitudes: *escuchar, acoger, andar*.
- *Una parroquia en donde resuena el primer anuncio del Evangelio.* «EL anuncio tiene la prioridad permanente en la misión»⁷⁴. Una parroquia que, «se deja impregnar por el ardor de la predicación apostólica después de Pentecostés»⁷⁵, pone el *primer anuncio* como piedra angular del proyecto de evangelización. Precisamente porque es este quien genera la fe, la parroquia se debe dirigir sobre todo a quienes no la conocen, a los que pertenecen a otras religiones, o quien no la aceptan todavía, o la han abandonado, u olvidado, o que está todavía examinando y analizando su elección frente a una serie de “mesa” de las religiones hoy particularmente abundante.

72 Juan Pablo II, *Discurso a la Asamblea del CELAM*, Haití, 9 de marzo de 1983, III.

73 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 852.

74 *Redemptoris missio*..., 44.

75 *Nuovo millennio ineunte*..., 40.

Y, junto al primer anuncio, que es su natural desarrollo, no puede faltar la “memoria escatológica” del la venida gloriosa del Señor, de aquel futuro que llena de esperanza el presente, aún más, que le da sentido.

- *Una parroquia de la buena comunicación*, a través de un *lenguaje comprensible* y siempre más adaptado a un anuncio eficaz, narrando la Palabra de Dios en las palabras del hombre de hoy. Una parroquia, convencida de que el diálogo es el método privilegiado de evangelización, ve en ello una palestra para entrenarse a la apertura, a la capacidad de la escucha, al acogimiento y a la integración de lo diverso, respetando la identidad. Y para que dicha comunicación pueda producirse, se requiere, como dice Pablo VI «ver el mundo con mucha simpatía»⁷⁶.
- *Una parroquia familia*, que anima la transmisión de la fe en la familia, la «Iglesia doméstica»⁷⁷, construyendo la comunidad parroquial siempre más como una familia abierta y acogedora, articulada en los diversos roles y ministerios sobre todo laicales, en donde cada uno puede encontrar un adecuado espacio a su vocación y a la concreta posibilidad de poner a disposición de los demás los propios dones, los cuales son manifestaciones de la presencia del único Espíritu; donde la evangelización implica a todos los miembros del Pueblo de Dios, solicitándoles a vivir y practicar su sacerdocio bautismal, iniciando con la transmisión de la fe, de parte de las familias cristianas; en donde los responsables aprendan que «de los labios de los fieles, porque en cada fiel sopla el Espíritu de Dios»⁷⁸; en donde se empeña por una unidad que nunca será una uniformidad, sino una integración orgánica de las legítimas diversidades.
- *Una parroquia del claustro “sin confines”*, que desarrolla una colaboración concreta con algún proyecto de misión *ad gentes*, que siempre prefiera colaborar con los proyectos de la Orden, estimule la formación de grupos misioneros, al interno de los cuales de a conocer una especie de “catecismo misionero” que está formado por los numerosos textos del Magisterio y de la Orden inspirados en la misión. Una vez formados, los laicos pueden también ayudarnos a

76 Pablo VI, *Discurso durante la Solemnidad de la Epifanía en la Gruta de Belén*, 2 de enero de 1964.

77 Juan Pablo II, *Familiaris Consortio*, Exhortación apostólica, 1981, 21; cf. *Ecclesia in Africa...*, 63 Y 92.

78 *Novo millennio ineunte...*, 45.

repensar las formas en las que se expresa el trabajo misionero.

- *Una parroquia sensible y apasionada: hacia los pobres de todo tipo* que están dentro del territorio, promoviendo formas de servicio y de caridad para los menos afortunados; en *el servicio de la paz*, viviendo su ser instrumento de la paz del Señor; y *de la reconciliación* entre aquellos que están divididos, entre las diferentes cultura, con la madre tierra; *hacia toda criatura*, en la cual se ve refulgir la imagen de Dios, vivida en el reconocimiento gozoso al Creador.
- *Una parroquia con el corazón de Francisco*: en donde germine la *perfecta alegría* en el sentirse «una pequeña grey» guiada por el buen Pastor, solo confiando en Él es como el camino y la vida de la parroquia, así como los planes pastorales, ganan la certeza de su promesa: «*he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*» (Mt 28, 20).

Sugerencias para la reflexión sobre esta dimensión

1. Leer, meditar y confrontarse:

- Mt 28, 16-20; Jn 20, 19-23; Hech 1,6-8.
- Rnb 16, 1-13; Rb 12, 1-4a.
- CCGG 116-118; *Llenar la tierra...*, 143-148; 165-175; *Ratio Formationis...*, 32-33; 84; 85; 90; *El Señor nos habla...*, 33; 36; 37.
- *Ad Gentes 1*; *Evangelii...*, 51-56; *Redemptoris Missio* 33-34; 37-38; 71-74; *Vita consecrata* 77; 97-103; *Ripartire...*, 37-38.

2. ¿Cuáles aspectos de esta dimensión están presentes en la vida de la Fraternidad y en la vida de la parroquia? Después de un discernimiento comunitario asumir y reforzar algunas iniciativas.